



Amalia Domingo Soler ^{8 -} R

CONSEJOS de ULTRATUMBA

Historia de dos almas



Casa Editorial MAUCCI.—Mallorca, 166; Barcelona
© Biblioteca Nacional de España

CONSEJOS DE ULTRATUMBA

PRINTED IN SPAIN

R

84929

CONSEJOS DE ULTRATUMBA

HISTORIA DE DOS ALMAS

POR

AMALIA DOMINGO SOLER



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166



HISTORIA DE DOS ALMAS

PRIMERA PARTE

Como todo mi afán ha sido constantemente buscar el porqué de los acontecimientos de la vida, siempre recuerdo, entre tantos, uno que me había preocupado bastante; y es el de una amiga de la infancia con la que había mezclado mis juguetes durante nuestros infantiles juegos, y por lo tanto, nos teníamos muchísimo cariño.

Pasando de la infancia a la edad de las ilusiones, recuerdo que mi amiga, siempre que de amores se trataba, me decía: —¡Ay, Amalia!, tú ya ves cómo me asedian mis adoradores, pero yo no siento simpatía ni amor por ninguno de ellos, y sí oigo, como si una voz oculta me dijera: —«No hagas caso; que todos éstos que te rodean, no te harán feliz.» Y verdaderamente mi tierna amiga reunía todos los encantos y bellezas que se prestan a las diez y ocho primaveras. María, que éste era su nombre, tenía todas las cualidades para

enloquecer al que en ella se fijaba, y como buena andaluza le sobraba la sal, y, cuando hablaba, parecía que todas las gracias de Dios había guardado para ella. Yo, comprendiendo que aquello tenía que tocar a su término, le decía: —¿Es que te has propuesto, María, enloquecer a los hombres, y darles después un buen chasco, para más tarde dejarlos en el olvido? Y ella me contestaba: —No, no, es que tú no me comprendes, ¡Amalia mía! Es que yo no sé si a ti te pasa lo mismo que a mí, pues sueño con una figura que no se ha presentado todavía y a la que busco sin cesar, y no sé si así me pasará la vida esperando un imposible que no ha de llegar nunca; y vamos a ver: tú que eres tan pensadora y siempre vas en busca de esas historias de amor, ¿qué te parece de mi febril imaginación? Yo me apresuré a replicarle: Si te he de decir la verdad, no te comprendo; porque yo en aquella época, aunque ya escribía, aunque ya mi imaginación se remontaba alto y le preguntaba a la Naturaleza el porqué de esas desigualdades sociales, ésta nada me contestaba. Y así es que yo, al igual que la Naturaleza, enmudecí a las revelaciones de mi amiga. Y así llegó el tiempo que tuvimos que separarnos, y al despedirme de ella le encargué que no me olvidara, y que si hasta el presente no había podido responder a su pregunta, seguiría indagando y quién sabe si algún día podría complacerla.

Así fué que, siempre que mi imaginación vo-

laba más allá, preguntaba en seguida el porqué de los efectos, sin poder encontrar las causas.

Fué siguiendo entre María y yo la correspondencia que empezamos al separarnos, hasta que por fin un día me escribió diciendo que ya había encontrado lo que tanto tiempo soñó; y recuerdo perfectamente que en su carta me decía: «Ya te iré contando todos los detalles de mi vida, porque como me hablas en la tuya del hallazgo que has hecho dentro del espiritismo, creo, si consultas a los espíritus, que mi vida te dará mucho que hacer.» Al recibir esta carta me puse muy contenta, y le mandé a María mi felicitación para que nada le faltara en su dicha.

Trancurrió el tiempo, y no volví a recibir más cartas de mi buena amiga, y esto me llegó a preocupar, pues muchas veces le escribí sin obtener contestación. Yo sabía que vivía, y no podía comprender el porqué de su silencio; muchas veces había preguntado por ella, y todos me contestaron igual: que se había retirado a su casa sin hacer caso de nadie. Pensé que mi joven amiga, temerosa de perder la felicidad, se había encerrado entre cuatro paredes para que no se le escapara. Y aun cuando el tiempo es el encargado de ir poquito a poco mitigando el cariño y amor que uno ha sentido por otros seres, el tiempo había pasado, y todavía me acordaba de vez en cuando de mi bella María; y siempre que esto sucedía, me dirigía a mi guía para ver si podía conseguir que me dijera algo de ella, pero

siempre me contestaba lo mismo: que era la historia de dos almas, y que algún día leería; y así dejé de preguntarle más, esperando que algún día, como me había prometido, él mismo me lo diría.

¡Ah! Así fué. Después de mi partida de la tierra, al entrar en el espacio, mi espíritu recordó la promesa de mi guía, que siempre me había dicho igual: que era la historia de dos almas, y que un día leería. Yo entonces tendí mi vuelo hacia el suelo andaluz y me dirigí en busca de aquel nido blanco como la nieve y puro como la mariposa; pero allí no encontré a la mujer que mi espíritu anhelaba ver. ¡Qué cuadro más sorprendente! Allí no estaba aquella María que yo había dejado; allí sólo estaba una respetuosa y simpática anciana rodeada de sus nietecitas; allí se posó mi espíritu esperando poder indagar lo que había podido ocurrir en tantos años de ausencia; y entonces quedé sorprendida cuando oí la voz de mi guía que se acercaba y me decía que había llegado la hora de poder leer la historia de dos almas; y al instante vi cómo aquella anciana se transformaba y reconocí en ella a mi querida María, y grande fué mi asombro cuando vi también subir por las escaleras el gallardo continente de un mancebo que era la misma figura del retrato que María en sus cartas me había descrito siempre, del hombre que soñaba; se acercó a ella, y le dió un beso que la hizo estremecer de alegría, pero tras del beso vino lo peor; y en-

tonces mi guía me dijo: —«¡Escucha, Amalia! Escucha, y verás cuántas historias guarda la vida.» Me puse a escuchar para ver en qué pararía aquel coloquio de amor, y vi cómo aquel hombre, agravándosele el rostro, le dijo: —¡Mira, ya eres mía! Y eso quiere decir que, de hoy en adelante, no debes ser de nadie más.

—¡Tienes razón! —le contestó ella—. Mas no había necesidad de que me lo dijeras; ya lo sabía.

—¡Oh, no, no! Tú no me comprendes —le respondió él—; no me refiero a los hombres, pues tengo la seguridad de tu amor y honradez.

—Entonces, ¿a qué te refieres? —repuso María.

—Pronto me comprenderás. Hazte el cargo que al igual que los pájaros, hemos formado nosotros nuestro nido, y dentro de ese nido no cabemos más que los dos y el fruto de nuestro amor. Pues bien; quiero decirte con esto, que en nuestra casa, estando yo fuera, no debe penetrar nadie, porque (de ahí proviene muchas veces que dos seres dejen de amarse. Yo me encargaré de decirselo a tus padres, que siempre que quieran verte, deben esperar a que esté yo aquí; y ya comprenderás que si a los autores de tus días los autorizo para que vengan, a tus amigos no.

¡Pobre amiga mía! Escuchaba las palabras de su esposo sin atreverse a levantar la vista del suelo; hasta que un copioso llanto la sacó de aquella situación, y le dijo:

—No esperaba esto del hombre de mis sueños; pero en fin, ahora no puedo contestarte; ya lo

haré más tarde; déjame que medite todo cuanto has dicho, para ver si puedo cumplirlo.

¡Pobre María! ¡Qué noche más desasosegada pasó! No sabía qué determinación tomar; le preguntaba a Dios el por qué la había hecho soñar con un hombre que, en vez de amarla, la ataba de pies y manos y le quitaba la libertad, y se decía para sí: ¿Podré yo existir sin él? ¿Puedo volver a mi casa y vivir como antes? ¡Ah! ¡No, no! Es imposible. ¡Si le amaba antes de conocerle! ¡Si le hablaba en mis sueños! ¡Si cuando le vi por primera vez le reconocí como si le hubiera visto siempre! Y yo que había cifrado todas mis esperanzas en su amor, ¿tendría que renunciarlo ahora para siempre, después de haberlo conseguido? ¡No, es imposible! Mis padres mismos me rechazarían y todo un pueblo se me pondría en contra. ¡No puede ser! ¡La libertad del cuerpo aprisionaría mi alma! Es preferible aceptar sus proposiciones y esperar a que me conozca mejor, porque sin duda lo que tiene es un 'arrebato' de celos que con el tiempo se le pasará.

¡Qué lucha sostenían esos dos espíritus! ¡Era titánica! Ella pensando en volver a su casa; él diciéndose: No se irá; porque si quisiera probarlo, le arrancaría la vida, y tras la suya, la mía. No quiero que nadie venga a turbar mi felicidad.

Digo la verdad: en muchos hogares he penetrado; muchas historias he leído, pero como la de mi amiga no he encontrado otra igual.

¡Qué deseos tenía de que llegara la mañana

para verlos otra vez frente a frente! Pero por fin llegó el momento en que los primeros rayos del sol penetraron en aquel humilde hogar; y ese incansable factor sacó de la situación en que estaban a aquellos dos seres que no sabían cómo presentarse uno delante del otro. Jorge, que así se llamaba el joven de esta pequeña historia, salió el primero en busca de su amada, y ella, al verle, se puso a temblar y le dijo:

—Jorge, no sé por qué has esperado tanto tiempo para decírmelo, porque bien podías habérmelo advertido antes y entonces hubieras podido asegurarte de mi amor. Por ahora no puedo prometerte lo que no sé si cumpliré, y si algún día viera que la vida contigo fuera insoponible, me iría a donde no me pudieras ver más. Por lo pronto, acepto todo cuanto me has dicho; y si los autores de mis días no estuvieran conformes con lo expuesto, yo les diré que es obra mía, y que para vivir más tranquilos hemos acordado estar solos: ser el uno para el otro. Así es que no me faltes en nada, porque no sabes la misión que te has propuesto. Yo siempre había soñado ser tu felicidad, ser tu verdadera compañera, ayudarte en los embates de la vida; pero ahora no será así, porque el pobre que pierde la libertad, también pierde el derecho de ayudar a los demás. Y ahora, poquito a poco, irás comprendiendo el error en que te han colocado esos malditos celos.

—No, no —dijo él—, estás muy equivocada, pero no me desagrada del todo tu contestación.

Lo que me has dicho ya lo había previsto yo; así es que, acepta y no te arrepentirás.

Al día siguiente Jorge se encargó de hablar a los padres de María, y éstos recibieron un desengaño tan grande, que no comprendían el motivo que había inducido al joven matrimonio a proceder de esta manera. Pero él les dijo que ya se convencerían, porque ellos no eran seres como los demás mortales, y necesitaban la soledad y la pureza de la vida; y que así, no metiéndose ninguno, nadie les turbaría la paz.

¡Pobre madre! ¡Qué desengaño tan grande sufrió! Había perdido una hija, sin haberse apenas alejado de su lado.

Dejemos a un lado todos los comentarios que hizo la familia y volvamos en busca de María. Esta ya no estaba triste: ya había triunfado el amor del alma; ya habían vuelto otra vez los sueños de antes, y ya había empezado para ella una nueva era de paz. Y a medida que pasó el tiempo, fueron armonizándose y llegaron a ser el uno para el otro.

Cuando llegaban los días festivos, salían muy pronto y se iban a una casa de campo, que era donde Jorge pasaba el resto de la semana cuidando sus tierras. Y en verdad os digo, que la felicidad reinaba dentro de aquel hogar que parecía una tacita de plata; y al decir que la felicidad reinaba, lo digo mal, porque si aquella mujer sabía sufrir sin quejarse, era porque en ella había algo de sobrenatural; y el placer que experimentaba cuan-

do lo veía, la hacía olvidar los momentos amargos que pasaba en la soledad.

Así es que aquel espíritu luchaba, sin darse cuenta de que estaba cumpliendo una promesa que había hecho delante de Dios. Y de esta manera transcurrió un año, cuando una mañana llamó a la puerta un tierno vástago, y la felicidad entonces se retrató en el rostro de ambos. ¿Quién era aquel viajante? ¿Qué misión traía? Más adelante lo sabremos. Y ¿quién se encargó en los primeros momentos, de aquel recién nacido? ¿Quién se había de cuidar! ¡Aquella madre, a quien el padre del niño había cerrado la puerta! Y aquella criatura tan pequeña, tan inocente, sin poder hablar ¡cuánto dijo! Porque sin su presencia nunca se le hubiera abierto la puerta a la infortunada abuelita, a aquella mujer que lloraba casi la pérdida de una hija.

De momento parecía ya casi cambiado el padre de aquel infante; ya no mandaba, ya obedecía a una voluntad que él mismo aun no conocía. Tan pequeño, ¡qué cambio hizo dar a aquel hogar! Entonces Jorge se dirigió a los padres de María y les dijo:

—Ahora ya podéis entrar siempre que queráis, porque ha venido un tercero, y él manda y yo obedezco.

Pero bien pronto salió a relucir el sufrimiento de la madre; el niño llevaba en sí toda la amargura que mi pobre María había pasado. Comprendiéndolo la abuela, fué a contárselo todo al

doctor, pidiéndole guardara la mayor reserva, porque ella comprendía que pronto tendrían que llamarlo, y estando ya de antemano al corriente podría salvarlo. Así sucedió: cuando Jorge vió que al niño le escaseaba la salud, fué él mismo quien se encargó de llamar al médico.

¡Parece imposible el trabajo que hace un alma cuando siente amor por otra!

El buen doctor no se hizo esperar; cogió al niño en sus brazos y dijo que quería hablar sola con el padre, y saliendo los dos a la puerta se expresó el doctor así:

—Debo darle una mala noticia, y es: que el niño probablemente no vivirá. Este niño no ha encontrado el lecho maternal feliz, y el tiempo que ha pasado allí, no ha recibido la alegría que necesita el sér para fortalecerse. Yo haré todo cuanto esté a mi alcance para fortificar a este niño; pero no le puedo asegurar si la leche de la madre le será más perjudicial que el mismo seno que le ha cobijado.

¡No puede describirse lo que pasó por el ánimo de aquel padre! ¿Es que el cariño paternal se había ya enseñoreado de su corazón? No; es que había allí una fuerza superior a la suya, un amor superior a su amor; estaba allí un alma que de verdad amaba el alma de su madre, y que no pudiendo tolerar el sufrimiento de aquella mujer, que en tiempos había amado con toda la virginidad de un amor puro y sencillo, hoy había pedido a Dios que le concediera interponerse

entre esos dos espíritus, uno de los cuales le pertenecía. Así es que en un momento dado hizo el trabajo de hacerse reconocer y respetar por un sér, que si un día no le quitó la felicidad, fué porque no pudo.

Después de las palabras del galeno quedó Jorge muy afligido, y preguntó al doctor qué resolución tenía que tomar, y éste le contestó que preguntara a su esposa qué era lo que necesitaba para ser feliz de verdad, y que dándole mucho placer y alegría, ¡quién sabe si se obraría un milagro! Y aquel hombre a quien nadie hubiera hecho cambiar de proceder, para salvar al niño, se transformó de momento, y dirigiéndose a su compañera le dijo:

—De hoy en adelante quiero resolver las cosas de otra manera; comprendiendo que tú no puedes quedarte sola con el niño enfermo, he decidido que nos vayamos a vivir con tu madre, si es que ella quiere, porque de esta manera no carecerás de nada y vivirás contenta; y en el tiempo que amamantes al niño quiero darte todo lo que necesites.

Al oír estas palabras la alegría se reflejó en el rostro de la madre, y los besos dados con toda efusión al chiquitín, le demostraron que lo había reconocido. Así es que mi querida María pasó de la muerte a la vida, pensando que ya podía vivir en compañía de los autores de sus días.

Cuando el bondadoso doctor fué el día siguiente a visitar al niño, se sorprendió al ver el cam-

bio tan radical que se había operado en el pe-
queñuelo. Y era porque no comprendía que la
que estaba enferma era su alma; y como ya ha-
bía conseguido lo que deseaba, que era volver la
felicidad a aquel espíritu que le pertenecía, de
aquí provino el cambio tan rápido que se operó
en el enfermito.

Repuesta la madre, fuéronse a vivir en compa-
ñía de los abuelos; la alegría reinó en el corazón
de todos, y aquel pequeñuelo que no daba seña-
les de vida, hizo un cambio por completo; ya
era el niño hermoso; ya era el niño feliz; ya
había pagado con creces el eariño de una mujer,
que un juramento de honor le costó la vida. Y
yo, contemplando todos estos acontecimientos, no
me sabía explicar el porqué de todos aquéllos; y
dirigiéndome a mi guía le dije:

—En todo cuanto he visto no he podido leer
la historia de dos almas. Y entouces me replicó
mi guía: —«Yo no acostumbro prometer lo que
no puedo cumplir. Ahora deja a tu buena María
y sígueme, porque de aquí en adelante ese hogar
será ya feliz, y todo cuanto suceda en él no
tendrá nada de particular.»

Yo, dócil como un niño, obedecí la orden de
mi guía, y marchando con él me alcé de aque-
llos lugares, y al llegar a un punto del espacio,
mi guía me dijo: —«Amalia: ahora empezarás a
leer la historia de esas dos almas.»



SEGUNDA PARTE

—«Siéntate y descansa, me dijo mi guía, y todo cuanto se te presente, asíntalo y guárdalo en tu libro de memorias.» Así lo hice. Y ahora aprovecho la ocasión que se me presenta con esta linda historietita, para dar nueva vida a lo que ya un día había sido mío.

Estando escribiendo y tomando apuntes del natural, pensaba: Si ya no dispongo de un cuerpo para poder escribir ¿qué haré yo con estos apuntes, si de nada me han de servir? Y entoces oí a mi guía que me hablaba:—«Mujer de poca fe, ¿acaso, en la tierra, para escribir, no necesitabas tú la inspiración de los de arriba? Pues ahora, en lugar de esperar la inspiración, serás tú quien la darás; y no te faltarán en la tierra seres afines a ti que la reciban.»

—Gracias, le contesté, soy muy pequeña; tanta grandeza me anonada. Yo creía que todo cuanto se me enseñaba, era para guardarlo y hacer acopio para el día de mañana, que volviera a la tierra.

Consejos de ultratumba.—2

—«Pobrecita, respondió, si todo lo que contempláis los espíritus en el tiempo de vuestra libertad lo dejarais para mañana bajar a la tierra con el paquete hecho ¿qué razón de ser tendría entonces la inspiración? ¿No recuerdas aquellas mañanas que te levantabas y te encontrabas que tu cabeza ardía, acudiendo tantos pensamientos en tropel a tu imaginación? Tú de sobras comprendías que aquello no era tuyo y decías: No esloy para nadie, porque me encuentro inspirada para trabajar. Y si tú te sentías inspirada, entonces ¿no comprendes que tienes que inspirar ahora a los demás?»

—¡Ah! sí, sí; tienes razón. ¡Qué torpe soy de no acordarme que tengo la misión de dar vida a mi pobre Centro!; a este sitio donde tanto he sufrido y tanto he gozado; y más ahora que tengo allí un sér que me llama y me dice: «Poco valgo, pero mi voluntad es muy grande, y si tú me inspiras y me envuelves con tu manto fluídico, haré lo que nunca me hubiera atrevido a soñar.»

—¡Oh!, sí, sí; yo te envolveré con mi manto; buscaré esas historias que sólo se pueden leer desde las mansiones en que moro y te las transmitiré para que puedan salir a la luz.

Pues bien, ahora siguiendo el consejo de mi guía, me pongo en disposición de buscar la historia del *ayer* de mi buena Maria.

Cuando más entregada estaba a mis meditaciones; cuando más embebida me encontraba contemplando la Creación, vi cómo de repente

se presentaban a mis asombrados ojos unas artísticas y poéticas montañas, que el más famoso pintor no hubiera podido trasladar al lienzo. ¡Me quedé extasiada! ¡Qué panorama! Era artístico por lo agreste; era poético por la floresta que allí vegetaba. Estando recreando mi vista con estas bellezas, surgió de entre una de aquellas pintorescas montañas un riachuelo, que corrió por aquella verde y agreste alfombra, como si tomara posesión de su verdadero lecho; y contemplando la corriente de aquella agua pura y cristalina como un espejo, mi primer pensamiento fué acercarme a él, para ver si mi espíritu se reflejaba en el agua, como les pasa a los cuerpos. Pero no sucedió así; lo que allí se reflejó fué el rostro angelical de una encantadora pastorcita, que teniendo su rebaño paciendo cerca, buscaba aseo a su cuerpo en las límpidas y transparentes aguas del bellissimo arroyuelo. Verla e interesarme todo fué uno; me dirigí hacia ella y le pregunté: —¿A quién esperas? ¿A quién aguardas, que con tanto afán arreglas tu hermosa y abundante cabellera? Y como si hubiese adivinado mi pregunta, pasó por su mente el nombre de un pastor. Leer su pensamiento y despertar mi curiosidad, fué obra de un momento.

Di una mirada alrededor de aquel rebaño y no vi más compañero, que el alegre saltar y correr de las jóvenes ovejas; pero cuando la linda pastora hubo arreglado su tocado, salió de entre la espesura otro rebaño. ¡Ah! Entonces comprendí

el afán que tenía mi pastoreita de acicalarse. Me dirigí por donde venía aquel rebaño, que se iba confundiendo con el primero, y conocí que aquellos pobres animalitos estaban acostumbrados a mezclarse.

Me quedé quieta contemplando el rostro virginal de aquella inocente y encantadora criatura; y siguiendo la dirección de sus purísimos ojos, me encontré frente a frente con un gentil y gallardo pastor. ¡Qué salto dieron los dos! Ya tenían su lugar predilecto para sentarse; y acomodándose en su sitio acostumbrado empezaron a platicar. Yo allí, de fiel y mudo testigo, escuché aquel diálogo de amor.

—Me parece, empezó a decir la pastoreita, que nuestra felicidad va tocando a su término, pues mi familia se ha enterado del amor que nos profesamos, y como nuestros padres no se quieren, impedirán que nos veamos. Hoy, ya no querían que sacase a apacentar el ganado, porque alguien los ha enterado de todo. ¡Yo que tanto he ocultado nuestro amor por el miedo de perderte...! Y dime: si mañana no vengo, ¿qué harás?

—Pasaré muy tarde de la noche por tu casa para hablarte, cuando nadie pueda vernos.

—¡Oh, sí, contestó Raquel; si me lo prometes seré feliz!

—¡No sólo te lo prometo, dijo fogosamente el joven, sino que te lo juro delante de Dios!

Y los dos amantes levantaron los ojos, como si

comprendieran que Dios sería testigo de sus palabras de amor.

Así pasaron el día, sin que nadie fuera a interrumpir aquel canto de amor. ¡Cuántas promesas se hicieron! ¡Cuántos juramentos pronunciaron...! Y yo que era testigo de la virginidad de sus corazones, comprendía que eran hechos con toda sinceridad.

Los sorprendió la noche hablando, sin atreverse a separarse; pero por fin se decidieron y quedaron en que él pasaría todas las noches por su casa, donde ratificarían sus juramentos. Se despidieron; y yo, comprendiendo que mi deber era seguirlos, marché tras de ellos.

¡Pobrecitos! ¡Qué triste fué aquella separación! ¡Después de tantos años de felicidad vendría la lucha y el dolor!

Así sucedió. Al día siguiente ya no pudieron reunirse, porque el padre en vez de mandar a ella a guardar el rebaño, dió orden para que fuera otro hijo. La linda pastorcita tuvo que quedarse en casa, poniendo el padre por pretexto que era ya mayorcita para andar por el mundo de esa manera. Pero el amante, que ya estaba avisado, en lugar de dirigir su rebaño por donde solía hacerlo, lo encaminó por otro sitio, y así despistó al hermano de su novia que apacentaba las ovejas por los sitios acostumbrados por la pastora. Cuando el muchacho llegó por la noche de vuelta del campo, el padre le salió al encuentro, preguntándole si había visto a Antonio

(así se llamaba el galán); y contestándole que no, se quedó más tranquilo.

¡Qué largo fué aquel día para la simpática pareja! Nunca se habían fijado que el Sol tuviera tanta calma en su carrera, ni que la noche se hiciera esperar tanto. Pero por fin llegó ésta, y nuestra joven fingiendo estar muy cansada se acostó antes de lo acostumbrado; cuando todos hicieron igual que ella, se levantó y se dirigió en busca de su amante. ¡Qué sorpresa recibió, cuando en vez de su novio, percibió a su padre!

—A quien tú esperas, le dijo el padre de Antonio, no lo volverás a ver más, porque yo (me cuidaré de mandarlo a un sitio, de donde no pueda volver en mucho tiempo; así es que mi deber está ya cumplido; no quiero que abrigues ninguna esperanza, y de esta manera quedarás libre, y los autores de tus días vivirán tranquilos. Adiós.

La infeliz Raquel se desmayó, pues el amor había fabricado ya su nido dentro de su corazón y ya no era dueña de arrancarlo. ¡Pobrecita! Así pasó el resto de la noche, y cuando empezaba a amanecer se dió cuenta de su situación, y como pudo se volvió a la cama, para que nadie pudiera enterarse de lo que había sucedido.

¡Ah! ¡Qué presentimientos tenía la niña! Fingió estar enferma, y realmente lo estaba, porque al día siguiente cuando se quiso levantar no pudo hacerlo, pues su cuerpo estaba decaído y parecía como si la hubiera herido un rayo que la hubiese dejado sin movimiento. Viendo su madre

que no se levantaba, fué a ver lo que sucedía, y notando lo que pasaba, dió un grito de dolor al ver a la hermosa Raquel sin sentido y casi casi sin vida; todo era llamarla; todo era acariciarla, pero todo fué en vano. Me hizo el mismo efecto que cuando se llama a una casa vacía, que nadie responde, porque no hay ninguno dentro; y aquel sér era en aquellos momentos un cuerpo vacío, porque el espíritu guardaba cierta distancia para ver todo lo que allí pasaría; y contemplando las lágrimas de una madre, se decidió a volver, y entonces dió señales de vida. La madre, afectada y llorosa, fué a referir todo cuanto sucedió, a su numerosa familia, y ésta, conmovida, pasó toda por el lecho de la infeliz enamorada. Nadie pudo saber de qué provino aquella rara y extraña enfermedad. Mucho tiempo guardó cama; y un día, su madre logró arrancarle el secreto de aquellos desgraciados amores, y le dijo:

—Debes guardar reserva para toda la familia; porque si tu padre se entera, te manda para el otro mundo de un disgusto; así es que nadie más que yo y el Padre espiritual, debemos ser tu consuelo. Un día te conduciré a él para que se lo cuentes todo.

Así fué. Aquella desgraciada necesitaba consuelo, necesitaba expansión, necesitaba que alguien tomase parte en su justo dolor; y cuando se encontró en estado de poder caminar, cogida del brazo de su madre, fué a pedir perdón a

Dios de haberse enamorado de un hombre, que no pensaba se lo pudieran arrebatár un día.

Como el Crucifijo y la Dolorosa ante quienes se arrodilló, no tomaron parte en su dolor, encontró muy natural, el ir a contar sus penas (a un hombre que podía consolarla. Un día muy temprano, hallándose ya bastante restablecida, dirigióse a la iglesia donde están los *elegidos* de Dios para dar consuelo a los atribulados. Buscó a un confesor, de quien su madre le había hablado, y al cual, como joven distinguido y elocuente, le sobraban siempre palabras para dar consuelo a los infelices pecadores, que iban en demanda de su sabiduría y perdón. Tenía fama de santo; y allí se encaminó la pobre pecadora. Al momento que abrió sus labios, comprendió el confesor que aquella niña era la hija de la mujer que él confesaba, porque su madre más de una vez le había contado todo lo que ocurría en su hogar.

Verla y amarla todo fué uno; y no sabiendo qué decirle de momento, fingió no estar atento a su confesión, y le dijo:

—Mañana a la misma hora pasarás por la sacristía; allí te esperaré y te acompañaré al sitio donde está la Virgen de los Desamparados; y los dos juntos, frente a la Virgen, siendo ella testigo de todos tus amores, me inspirará la penitencia que en justicia te mereces por tus pecados, y así yo no tendré responsabilidad alguna.

Con estas palabras se marchó tranquila mi pobre Raquel esperando tener una entrevista con

la Virgen, y pensando que ella le devolvería la paz que un hombre le había robado. Toda la noche se la pasó rezando, y llamando y hablando con la Virgen, con esa Virgen que no conocía, que nunca había visto, pero que se había formado dentro de su imaginación; y tenía la seguridad de que la Virgen le diría que ya no se acordaría más de lo pasado.

¡Qué noche más feliz! Desde la noche del encuentro con el padre de su novio, no había disfrutado otra más tranquila.

¡Cuánto puede la fe! Las palabras de aquel hombre la habían tranquilizado, le habían dado la esperanza: la Virgen la haría recobrar la salud y la alegría.

¡Ah! ¡Qué diferencia de la noche que pasó la humilde pastorcilla, a la del Reverendo Padre! Para ella fué una noche de esperanza; para él, una de tormento; una noche de tormento porque de sobras sabía la misión que pesaba encima de él, por los juramentos que había hecho ante los ojos de Dios y los hombres, de poner una valla infranqueable entre el amor y su deber. Y digo mal ante los ojos de Dios, porque Dios no puede escuchar juramentos que estén reñidos con el amor y el sentido común; y si a Dios pudiésemos personificarle dándole la forma de hombre, le veríamos taparse los oídos ante esos juramentos que están completamente opuestos con la razón natural y la Verdad. Y, bien o mal, él había jurado no amar más que a Dios, y sin em-

bargo, los hermosos ojos y las palabras de aquella hechicera criatura, habían penetrado en lo más íntimo de su corazón.

El hombre, aunque vista el negro sayal, tiene tras su obscura investidura un corazón, que no puede acallar los sentimientos que le dominan, y aunque se le obligue a guardar silencio, dice, sin poder contenerse: «yo amo», «yo siento», «yo quiero», y ninguna fuerza le puede impedir que pronuncie esas frases, que no están vedadas para el hombre y la mujer cuando el travieso Cupido con sus ojos vendados tira la dorada flecha, y no respeta hábitos ni juramentos; y por más que el hombre quiera ahogar sus suspiros y encarcelar su pasión, no es dueño ya de su voluntad. Así le pasó al sacerdote: tan corto momento, tan breve instante, bastó para que nuestra amada Raquel le prendara con sus encantos, y esclavizara con su confesión aquel pobre corazón que hasta el presente había sido libre, si libre quiere decir no sentir el fuego de lo imposible; porque el hombre cuando comprende la misión que se ha impuesto, sufre más. Y así le sucedió al pobre sacerdote luchar contra los impulsos de su corazón, era poco menos que imposible.

Al día siguiente acudió otra vez la pastorcita a la iglesia, según convino con el sacerdote; y dirigiéndose a la sacristía, encontró allí al *Padre* que ya la esperaba para empezar la confesión. Terminada ésta, repuesto ya algo el cura de la emoción que tenía, le dijo:

—He visto el rostro de la Virgen, mientras hablabas, y he comprendido todo lo que me quería decir, pero hoy no puedo manifestarte nada, porque me he de quedar sólo con ella para que me inspire la penitencia que he de darte; y no tengas miedo, que si todo lo que me has dicho es verdad, te ampararé, y yo te cubriré con mi manto, y junto a mí podrás abrigar la esperanza de encontrar a tu amado. Ahora puedes marcharte, y reza mucho.

Así lo hizo, y sus rezos y la fe que tenía en las palabras del sacerdote le devolvieron la calma perdida.

Al otro día no faltó por segunda vez a la cita. Allí la esperaba aquel pobre enamorado, que no había podido conciliar el sueño durante la noche, pensando qué haría: si le declaraba su amor y ella se negaba, perdía toda esperanza; y si no le decía nada, sufría mucho. Pero por fin se decidió por esto último y explicarle el plan que tenía, para ver si se podía encontrar a su amante y contarle todo cuanto ella sufría. Y así, con ese plan, contaba con poderla ver a menudo.

Todo se realizó como deseaba el cura. ¡Pobre criatura! ¡Qué hermoso encontró el proyecto del inicuo sacerdote! La gratitud y el cariño se reflejaron en sus ojos, que brillaban como dos chispas divinas, haciendo encender más la llama de la pasión en aquel pobre corazón.

¡Qué alegría se retrató en el rostro de la enamorada: ya la esperanza renacía en su corazón;

ya había encontrado un verdadero padre; ya aquel sér se interesaba por su suerte...!

—Padre, le dijo Raquel: de aquí en adelante vendré siempre que me lo mandéis, y si un día se obrara el milagro de que me pudiera casar con mi Antonio, de rodillas vendría a mostraros mi gratitud.

—¡Ah! Sí, sí, contestó el sacerdote; desde hoy puedes tener esa esperanza; y si aquel hombre te ama como dices, yo te lo entregaré en tus brazos, porque yo soy el único que puedo interponerme entre vuestros padres, y confío en Dios que harán mi voluntad, y tú entonces serás feliz.

¡Pobre Raquel! No sabía cómo demostrarle su agradecimiento, y cogiéndole una mano, la besó con todo el respeto y amor que siente un alma agradecida. Esta demostración de cariño hizo estremecer al sacerdote.

—Hija mía, ven, siéntate aquí muy junto a mí, que yo también quiero gozar de tu felicidad.

Y Raquel acercándose respetuosamente se sentó a su lado.

—¡Háblame, háblame de amores, prosiguió el Padre, como si en este instante te encontraras junto a tu amado; porque yo así, sabiéndolo todo, te podré defender mejor!

—¡Ay, Padre! Aquellas palabras que se dicen una vez, ya no vuelven a la memoria, porque no son las palabras, Padre, lo que hacen enamorar, sino los hechos. Cuando uno ve que un sér se

hace esclavo de otro, y todo le parece poco para complacerle y sacrificarse por él, entonces nace ese fuego que se llama amor. Pero vos, Padre, no sabéis lo que es sufrir, porque no entendéis lo que es amor, y el que no ama es dichoso. Yo antes era la criatura más feliz de la tierra, hasta el momento que me enamoré de Antonio, y a él debe de pasarle igual. Ahora todo mi sufrimiento es no saber dónde está; y más teniendo la seguridad de su amor; ¡y si supiera que se había muerto de dolor, os digo la verdad, Padre, que yo entonces también querría morir!

—¡No, no, hija mía! Tú no debes pensar así, porque aun puedes hacer la felicidad de un hombre; ¡yo sé que hay uno que te ama!

—¡Ay! ¡Ya lo sé, Padre, ya lo sé que me ama; y por eso tengo miedo de que no haya podido resistir la ausencia!

El sacerdote enmudeció; tenía la seguridad de que la niña no le comprendía, y así le dijo:

—¡Confía en mí, que yo te salvaré!

¡Qué cuadro más poético! Dos seres que sin amor se encontraban muy bien el uno al lado del otro; dos corazones que palpitaban al unísono: en el uno, había nacido la llama de la pasión; en el otro, la llama de la esperanza. Así es que por un momento se hallaban bien los dos juntos. Un silencio sepulcral reinaba entre ambos, hasta que por fin el sacerdote lo rompió diciendo:

—Puedes marcharte y reza con devoción para que todo nos salga bien, y mañana vienes a la

misma hora y cambiaremos impresiones. Yo te contaré cuanto haya hecho para hallar a ese muchacho, y tú me bendecirás.

—¡Ah! Yo no, Padre; yo soy quien necesito de vuestra bendición.

Y cogiendo la mano que le alargaba el cura, estampó en ella un delicado beso, marchándose en seguida.

¡Qué noche tan feliz! Poco pensaba ella que aquel gavilán tendía una red para cazar, cuando le conviniere, a la linda paloma. Así pasaron algunos días, viéndose siempre en el mismo sitio y haciendo abrigar el cura a la pastorcita una dulce esperanza que no se había de realizar; hasta que por fin un día, no pudiendo el Padre aguantar más su pérfida pasión, puso término a aquella esperanza fabricada por él, y le dijo:

—Ha llegado el momento de decirte la verdad; espero que recibirás la noticia que voy a darte con la resignación del mártir y la bondad del justo. Tú ya sabes cuánto he hecho para buscar a ese hombre, y al cabo he logrado dar con él. Sabiendo dónde se encontraba, he mandado allí a un hombre de mi confianza con una carta para que se la entregara, y que te voy a leer.

Y sacándosela del bolsillo se la leyó. En ella le relataba todo cuanto había sufrido Raquel, y le suplicaba que en la misma le contestara, para entregársela a su novia.

—Ahora, continuó el sacerdote, prepárate y resignate, y verás cómo ese hombre nunca te ha

amado. Yo mismo te iré diciendo poquito a poco el contenido de ella.

—¡Ah! No, no, exclamó Raquel; tendré valor; quiero saber todo cuanto me dice.

—¡Pues escucha...!

Aqueños cuatro renglones bastaban para echar por tierra todas sus ilusiones juveniles. Decía en la carta que le olvidara por completo, que todo no había sido más que un pasatiempo de la juventud, y que ahora sí que se había enamorado de verdad, pues pronto se casaría con una rica campesina que haría su felicidad.

¡Qué escena pasó entonces allí! Era lo que el sacerdote esperaba: que se desvanecería y caería en sus brazos, y después, repuesta, le podría hablar de su amor; y tenía por seguro que ella aceptaría sus proposiciones, después de haber sufrido un desengaño como aquél. Pero no sucedió así. Después del desvanecimiento vino el llanto, y éste la fortaleció. El cura, acercándose a ella, le dijo:

—¡No quiero verte llorar! ¡Si ese miserable ha jugado con tu corazón, yo te entregaré el mío! Nadie más que tú y yo, sabrá nuestros amores, y siendo mía serás la mujer más feliz de la tierra. Así pues, acepta mi corazón y no tendrás que llorar más; yo seré tu esclavo y haré cuanto me ordenes; además, tus padres recibirán mi protección, sin saber de dónde les viene. Pero si me rechazas, si me desprecias, si algún día te atreves a venir al Templo, para despo-

sarte con tu amado, ¡no llegarás a él!, porque antes de que así sea, saldré a vuestro paso, y evitaré, por todos los medios, que realicéis vuestro deseo. ¡Ay de ti si de verdad me desprecias! ¡Ay de ti, que nadie se entere de mi revelación! ¡Porque si así fuera, por mi influencia, sin que nadie lo supiera, irías a parar a las hogueras de la Inquisición!

Ella escuchaba aterrada sin atreverse a contestar, pero comprendiendo perfectamente, que el contenido de aquella carta era una añagaza para hacerla perder su honra. Levantóse de improviso, cogió la carta, y rompiéndola en mil pedazos la arrojó al suelo; y dirigiéndose al infame sacerdote, le dijo:

—¡Todo lo he entendido; y ahora comprendo que cuanto de la carta me habéis dicho, es una farsa! ¡Me despido para siempre, e inútil será decirnos que no concibáis esperanza alguna; pero antes de irme, os maldigo por el mal que me habéis causado, ilusionando mi pobre corazón con el solo fin de atraerme y hacerme vuestra!

¡Cómo quedó el sacerdote! ¡En un momento habían echado por tierra el trabajo que con tanta paciencia había estado fabricando...! ¡Ya no tenía esperanza...! No sabía qué hacer. Gozar en atormentarla no podía; la amaba demasiado. Renunciar a su amor era poco menos que imposible. Así es que se dijo para sí: Esperaré, y el tiempo resolverá. Y en efecto el tiempo resolvió.

Pero dejemos al sacerdote con sus meditaciones y sigamos a Raquel.

Esta se dirigió a su morada en el estado de ánimo que es de suponer. No sabía cómo arreglárselas en su casa, para ocultar a sus padres la triste escena que había tenido lugar, pues si se lo relataba a su madre, ésta, seguramente no le daría crédito, y se lo iría a referir todo al sacerdote, y entonces estaba perdida. ¿Qué hacer? Ocultarlo era imposible, porque se sentía morir y necesitaba desahogarse. Pero de repente, como si un rayo luminoso hubiera herido su inteligencia, se decidió a engañar a su madre con estas palabras:

—¡Madre mía, qué día más luctuoso! Nuestro confesor ha recibido una carta de mi novio, que el buen sacerdote no se atrevía a entregarme, pero yo, comprendiendo el escrito que encerraba aquella carta, le he rogado de rodillas que me la leyera, como así lo hizo. Está concebida en estos términos:

«Todo ha terminado entre nosotros, pues he cambiado de pensamiento viendo que era imposible nuestra unión. Voy a casarme pronto con una mujer que todos tienen por buena, y que espero me hará feliz; así es que te dejo en libertad para que hagas igual que yo.»

Terminado que hubo su relato, faltáronle las

Consejos de 'ultratumba'—3

fuerzas, y cayó desplomada al suelo, echando un vómito de sangre que manchó su blanco vestido. La madre, aterrada, no sabía qué partido tomar viéndola en aquel estado, y suponiendo con razón que la iba a perder para siempre. Cuando volvió en sí la desgraciada niña, lo primero que hizo, fué rogar a su madre que no dijera nada a nadie de lo que le había revelado, pues así lo habían acordado el confesor y ella, y su madre prometió guardar silencio.

—Además —prosiguió Raquel—, es conveniente que no vaya a ver al sacerdote, para no hacerle sufrir más, pues he comprendido lo mucho que él ha trabajado para hacerme dichosa, y no es justo que le fuera a dar tormento. Así es que lo mejor es que ignore mi situación para que no padezca.

Postrada en cama se pasó los días, las semanas y los meses, sin que el buen doctor encontrase medios de salvarla; y creyendo un día próxima su muerte, dijo a los padres que ya no había esperanza, y que era preciso prepararla para que pudiera entrar en el Cielo. La madre, no atreviéndose a decírselo a su hija por temor a agravarla, y no sabiendo qué hacer en tan crítica situación, se decidió a ir a ver al confesor para contarle y consultarle lo que había que resolver en aquellos momentos tan amargos. Se encaminó al Templo, y una vez en él, se dirigió a la sacristía donde estaba el Padre, y cayendo a sus plantas le dijo:

—¡Padre mío, vengo por vos; mi hija se muere, y es preciso que vos que sois tan bueno y habéis hecho tanto por ella, no me la dejéis morir sin antes haberle dado vuestros consejos y vuestra absolución!

¡Qué sorpresa tan desagradable recibió el buen señor! ¡Qué aterrado quedó con estas palabras! Y por la explicación de la madre comprendió que ésta no sabía nada del secreto...

Repuesto, después de un momento de pausa, contestó a la infeliz señora:

—¿Por qué no habéis venido más pronto? ¿Por qué habéis tardado tanto? ¿Es que acaso ya no os inspiro confianza...?

—¡No, no es eso, repuso la madre: todo os lo contaré! Raquel me lo prohibió; sí, me dijo que no viniera; me impidió que os hablara de su enfermedad, para no haceros sufrir y evitaros más penas.

¡Con qué satisfacción respiró el ministro del Señor cuando se convenció completamente, al oír estas palabras, de que la buena señora ignoraba el suceso de la sacristía! Pensó, y se dijo para sí: ¿Qué hacer? Ir allá es imposible; negarme, no puede ser... Mandar a otro confesor, es exponerme a que aquel ángel, antes de morir, en confesión refiera a mi compañero el secreto.

¡Qué instantes! ¡Qué momentos tan dudosos...! La madre, viendo la turbación del capellán, le dijo:

—¡Ay, Padre! Comprendo vuestro sufrimiento; pero no debéis amilanaros tanto, pues yo, que

soy su madre, me conformo con la voluntad de Dios, y vos, que sois un santo y no podéis sentir el afecto de una madre, debéis resignaros mejor que yo; y más, sabiendo que Dios escoge siempre las mejores flores de su jardín, para adornar y perfumar el Cielo, según os he oído decir a vos varias veces. Así es que, venid conmigo, que cuando ella os vea, seguramente me lo agradecerá, aunque no quería que vinierais; pero le diremos que nos hemos encontrado *por casualidad*, y vos me habéis pedido verla.

—¡Ah, no, no!, contestó rápidamente. ¡No se lo digáis de esta manera, pues pensaría que yo me he enterado de que está muy mala, y entonces empeoraría su estado, al saber lo afligido que estaré! No le digáis nada, que, si puedo, iré mañana.

—¡No, no!, dijo la madre sollozando; el doctor ha dicho que sería posible que de mañana no pasara, y si muriera sin confesión, no podría sobrevivirla, pues el remordimiento me mataría. Vamos, Padre, ¡valor, valor...! Os habéis puesto muy pálido. ¡Qué razón tenía mi hija cuando me repetía que no os contase de ninguna manera su enfermedad, pues tenía la seguridad de que padeceríais lo indecible!

¡Pobre madre! ¡Qué lejos estaba de comprender lo que pasaba en el corazón de aquel hombre!

—Se muere, decía para sí el sacerdote; se muere, y yo soy el causante de esta muerte! ¡Yo ya no soy un ministro del Señor! ¡Yo ya no soy un

Padre de almas...! ¡Soy un criminal! Sí, ¡¡un miserable...!! Un ángel vino a depositar en mí sus inocentes sueños de amor, y yo, al igual que el ladrón que en la sombra se aprovecha para robar los modestos ahorros del pobre trabajador, he robado también traidoramente la felicidad, la esperanza dorada de la tierna niña.

¡Qué lucha sostenía aquel corazón! El remordimiento se había apoderado de él; y decidiéndose por fin, a ir a la casa, le dijo a la madre, que era preciso que lo dejara solo con ella, para él arreglárselas y hacer que no pensase Raquel que su visita dependía de su gravedad. ¡Ah!, se dijo para sí; no será ella quien se confiese conmigo, sino yo quien lo haré con ella; seré yo el que me postraré de hinojos ante su lecho, para rogarle que pida perdón a Dios por mis culpas. Y si me escucha, si me atiende y me perdona, sentiré mi alma desahogada; porque ¡cuántas noches de desvelo!, ¡cuántos días de inquietud! ¡Cuánto he sufrido! ¡Señor, Señor, tened piedad de mí!

Así se iba exclamando mentalmente por el camino al lado de la madre, y ésta, creyendo que oraba, no se atrevía a interrumpirle. Poco después llegaron al santuario donde estaba un ángel próximo a tender el vuelo.

¡Qué momentos para aquel hombre! ¿Cómo presentarse delante de ella? ¿Qué le diría para darle a comprender que estaba arrepentido de todo cuanto había pasado, y que su visita no

tenía otro objeto que pedirle perdón, por el engaño hipócrita en que él, un día, animado por su culpable amor, había hecho caer a la inocente niña, y del cual hoy, humildemente, a sus plantas venía a retractarse; estando además dispuesto a sufrir su humillación hasta el extremo, con tal de obtener su benevolencia, de entregar en sus brazos al hombre que tanto odió? Estas y otras reflexiones se hacía el arrepentido sacerdote; cuando vino a sacarle de sus meditaciones la madre diciéndole:

—Padre, podéis pasar a la habitación de mi hija. Ahora no duerme y parece que está más tranquila.

—¿Le habéis dicho algo?—preguntó, atemorizado.

—No —contestó la madre—; quiero que la sorprendáis, y así no me reñirá.

—Pues ¡dejadme!

Y haciendo un poderoso esfuerzo penetró en la alcoba de la enferma. Raquel, al ver esta temida aparición, ahogó un grito en su garganta, que no pasó inadvertido para el Padre, y dijo:

—¡Vos aquí! ¿Quién os ha llamado?

—¡Mi conciencia! —contestó el cura—. ¡El remordimiento me roe las entrañas, y vengo a pedir os que me perdonéis, para mitigar en algo la pena que me ahoga! He pedido permiso a vuestra madre para confesaros; pero la he engañado, porque el que se tiene que confesar, soy yo con vos.

—¡Partid cuanto antes, y confesaos con Dios!

¡Dejadme tranquila, para poder prepararme antes de partir de la tierra, porque estando vos aquí moriría desesperada, y no quiero que cuando mi alma se presente ante la Divina Justicia, refleje el odio que vuestra presencia me causa!

—No; no me iré de aquí, sin antes haber conseguido vuestro perdón; y cuando obtenga vuestra misericordia, haré por vos de verdad todo lo que un día hipócritamente os prometí. Ahora sé con certeza dónde se encuentra vuestro amor, y si no me rechazáis lo traeré a vuestra presencia para demostraros que hablo con sinceridad. ¡Os pide perdón un pobre pecador que quiere haceros recobrar la calma perdida!

Los ojos de la pobre enferma se iluminaron. La puerta de la felicidad se entreabrió dejando pasar un tenue rayo de esperanza que llegó hasta lo más recóndito de su marchito corazón. Ya no miraba como enemigo al sacerdote, pues pensaba que sus palabras tenían el acento de la sinceridad, y le dijo:

—Padre mío, si lográis traerme a mi Antonio, no sólo os perdonaré, sino que os viviré eternamente agradecida.

—¡Sí, sí, hija mía! Ahora mismo voy en busca de su padre, quien no me negará lo que otro no podría conseguir. Repetidme vuestro perdón y marcharé con más ánimo.

—¡Sí, os perdono! Pero sin él no volváis a verme, porque entonces no podría aguantar más

el secreto y lo revelaría a mis padres. ¡Marchaos, y no volváis, os repito, sin él!

—¡Hasta mañana! —contestó el cura levantándose y disponiéndose a marchar—; poco he de poder, si no realizo vuestros deseos. ¡Adiós!

Cuando estuvo en la calle tomó rumbo en dirección a la casa del padre del pastor, dispuesto a cumplir su ofrecimiento. Al llegar a ésta, salió a abrirle el padre de Antonio, asombrándose al ver en el umbral al sacerdote, preguntándole a qué debía tan respetable visita.

—No es una visita; es una misión lo que me trae aquí —dijo el cura—. De todo cuanto os pediré, no me podréis negar nada, porque ¡ay de vos, si no me complacéis: el castigo del cielo caería sobre vuestra casa! Vos que sois tan religioso y tenéis tanta fe, comprenderéis que, para venir yo aquí, habré recibido un mandato del Altísimo. Pues bien, basta de preámbulos: deseo que en este mismo instante vayáis a buscar a vuestro hijo, porque necesito de él para cumplir mi misión.

Y viendo que el pobre hombre temblaba oyendo estas palabras, modificó su lenguaje y dijo con más dulzura:

—He recibido la confesión de un ángel, que para partir al cielo, necesita despedirse antes de vuestro hijo. El infortunio de esa pobre niña es el fruto de vuestra intransigencia. ¡Ya veis si los padres sois responsables a veces de crímenes en la tierra! ¡Ahora dejará de existir una inocente

mujer, que el odio que separa a vuestras familias llevará a la tumba! Y para borrar esta mancha que pesa sobre vuestra conciencia, tenéis que someteros a mi voluntad y hacer todo cuanto os he dicho.

El campesino, consternado de horror, no se atrevía a contestar al cura, y estuvo largo rato sin articular palabra; hasta que por fin salió de su mutismo diciendo al sacerdote:

—Marcho en seguida, y mañana a primera hora estaremos de vuelta mi hijo y yo, pues para no perder tiempo andaremos toda la noche sin descansar. ¡Ay, Padre, yo no sabía que esto fuera un pecado tan grande! Haré humildemente todo lo que me ordenéis, a ver si Dios tiene misericordia de mí.

—¡Bueno, partid en seguida; los minutos son contados! ¡Su felicidad antes de morir, depende de vuestra ligereza! ¡Corred! ¡Volad!

Haciendo honor a las palabras del cura, el buen hombre no corrió, voló, pues la inmensa distancia que había hasta el sitio donde se encontraba su hijo, la recorrió en poco tiempo. Al día siguiente se presentaban ambos en la morada del sacerdote.

—Aquí lo tenéis, Padre —empezó diciendo el viejo cuando lo vió—; haced de él lo que queráis y así Dios se apiadará de mí.

—Está bien —dijo el capellán—; podéis iros. Dejadme solo con él.

Cuando quedaron ambos en la habitación sin

la presencia del padre, el cura comenzó, mirando fijamente a su antiguo enemigo, a decirle:

—Joven, es preciso que me contestéis con toda sinceridad a la pregunta que os voy a hacer; además, Dios será testigo de nuestra conversación; y yo, que soy su representante en la tierra, os impondré en su nombre el castigo que os merecéis, si es que me mentís. Decidme: ¿amáis de verdad a Raquel, o vuestro amor ha sido un pasatiempo de la juventud, una ilusión de vuestros pocos años? ¡Si la amáis con un amor puro y verdadero, yo la pondré en vuestros brazos; de lo contrario, no la veréis más!

—¿Que si la quiero, decís? ¿Que si mi amor es puro y verdadero? ¡Si no tuviera miedo de ofender a Dios, me atrevería a decir que la amo tanto como a El; y ya sabéis, Padre, si se ama a Dios! ¡Muchas veces, cuando empiezo a rezar, me olvido de lo que hago, pensando en ella. Y decidme, Padre: ¿tardaré mucho en verla?

—Tened un poquito de paciencia, hijo mío; primero tengo que prepararla, porque está algo enferma.

—¡Ay! ¡Ya lo sé! Algo me ha dicho mi padre por el camino, y temo que me hayáis mandado a buscar para asistir a su muerte. ¡Si es así, no podría soportar tan horrible pena; no podría quedarme huérfano de su amor; me moriría de dolor! ¡Dejadme verla pronto, Padre!

—En seguida, hijo mío; no quería saber más. Me cercioro, a juzgar por tus palabras, de que

efectivamente la amas. Ella te corresponde igual. No pudiendo saber noticias tuyas, el sufrimiento ha destrozado su cuerpo. Cuando la veas, dile que has venido porque yo te he mandado llamar; y también le dirás que, de hoy en adelante, yo seré vuestro padre, más que los vuestros, porque ellos han laborado vuestra desventura, mientras que yo labraré vuestra felicidad. Si es que vive, yo haré que pronto sea tuya. Creo que sí; poco a poco se irá restableciendo, y así podré yo gozar de vuestra dicha y ventura.

¡Cuántas ilusiones! ¡Pobre mancebo...! ¡Ya era tarde; no esperaba el terrible acontecimiento que dentro de poco iba a suceder! La muerte había hecho ya presa sobre el débil cuerpo de la infortunada niña, y era difícil que la soltara!

Marcharon por fin los dos hombres a ver a aquel sér que ambos amaban. Cuando llegaron a la casa, la madre de la pastorcita que vió al sacerdote acompañado del joven, que era para ella el causante de la enfermedad de su hija, se rebeló, y, poniéndosele delante, le dijo:

—¡Tú no entrarás; la sola impresión de tu vista la mataría...!

—Yo pasaré antes —la interrumpió el cura—; la prepararé y así le recibirá con menos emoción.

Así lo hizo. Penetró solo en la alcoba, y cuando Raquel vió que se dirigía sin Antonio a su lecho, iba a decirle: «¡Separaos!» Pero el sacerdote, comprendiendo lo que pasaba por su ánimo, se adelantó, y le dijo:

—Hija mía, no vengo solo; vengo acompañado de ese sér que tanto quieres; pero antes de verlo prométeme que no le emocionarás mucho, pues entonces podríamos atrasar todo lo que tenemos adelantado. He trabajado mucho, pero lo doy por bien empleado con tal de llegar a veros felices.

Dicho esto salió a introducir a Antonio en la habitación; y cogiéndole de la mano, se acercó con él a la cama, y dijo a Raquel:

—¡Aquí lo tienes! ; Si un día Dios te pregunta por mí, dile que te he devuelto la felicidad que te había robado! ¡Adiós; me retiro; he cumplido con mi deber!

Y diciendo esto, se ausentó del cuarto, pasando a la habitación contigua.

¡Qué sorpresa recibió el pobre Antonio, pues no la había visto más, desde aquel venturoso día en que los dos amantes, rodeados de la florida selva, sentados al pie de un frondoso árbol, arrullados por el cadencioso murmurar de un tranquilo arroyuelo, y sin más testigo que el canto del ruiseñor, que contestaba a sus juramentos de amor en la espesura del bosque, se decían que en caso de no poderse unir, morirían de dolor...!

¡Infeliz Antonio! ; En qué estado encontró a su desgraciada novia!

¡La pena le ahogaba y no le dejaba pronunciar palabra; la emoción era tan grande, que no pudiendo contener los latidos de su afligido co-

razón, dió rienda suelta a su llanto para desahogarse!

—¿No me conoces, verdad? —le dijo su amada dulcemente—. ¡Ya no soy aquella mujer que tú dejaste; y con esta enfermedad que me ha puesto tan desfigurada, seguramente ya no me amarás! ¡Quizás lloras porque sientes que no me amas!

—¡No, ángel mío; te amo más ahora que nunca! Mi llanto es de vergüenza, porque veo que cumples la palabra que nos dimos aquel memorable día, de morir, si era que no nos podíamos unir, y cuyo sacrificio estabas dispuesta a hacer, a no ser por el bueno del Padre que nos ha vuelto a reunir. Pero ahora ya estoy aquí, y no morirás. Además, tenemos el auxilio del sacerdote, que nos ayudará, si es que nuestros padres siguen oponiéndose a nuestra unión. ¿No es verdad, Padre? —exclamó viendo al cura que entraba a ver cómo seguía la enfermita.

—Sí, hijos míos; y no me quedaré satisfecho hasta que os haya podido dar la bendición.

—¡Ay, Padre, si de verdad me pusiera buena! —dijo Raquel.

—Te pondrás bien, pronto, hija mía, porque yo se lo rogaré a Dios, y él tendrá misericordia de nosotros.

—Señor, dijo Antonio: ¿verdad que ahora os cuidaréis vos de que nuestras familias depongan sus antiguos odios y las uniréis al mismo tiempo que a nosotros?

—Perded cuidado, que de todo me ocuparé. Así

como hice que tu padre te fuera a buscar, de la misma manera haré que los dos padres se unan en estrecha amistad, y delante de mí les haré firmar el permiso de vuestro casamiento. Conseguido esto, podréis estar juntos, y tú te encargarás de cuidarla de día y de noche, sin que nadie tenga que decir nada estando próxima vuestra unión. Entonces, concluida ya mi misión, me podré retirar tranquilo.

—¡No, Padre, no lo haréis! —dijo Antonio—; porque sin vos ¿qué sería de nosotros? Si no hubierais sido tan bueno, ella se hubiera muerto sin yo saberlo; y por vos todo se ha arreglado con felicidad. ¿Verdad, exclamó dirigiéndose a su amada y despidiendo al cura que salió; verdad que no te morirás, y que vivirás para nuestra felicidad?

—¡Ay, sí; pero tengo miedo de que la muerte acuda pronto, porque me siento muy mal; pero si puedo morir en tus brazos, mi muerte será feliz!

—¡No digas eso, que me horrorizas! Ya verás: esta noche el confesor dirá en presencia de nuestros padres que nos quiere dar la bendición muy pronto, y tengo el presentimiento de que lo aprobarán; porque, a la verdad, lo dice de una manera, que no se le puede negar nada de lo que pide. Si dicen que sí, mañana serás mía, pues no esperaremos a más tarde, y así te podré cuidar mejor, y pronto te levantarás.

—¡Dichoso tú que abrigas tan dulce esperanza!
¡Mañana será ya tarde!

—¡Ay, no hables así! ¡Yo me resisto a creer que Dios haya hecho que viniera para cerrarte los ojos! Pero no pensemos más en ello; anora sólo debemos ocuparnos de la felicidad que nos aguarda. Mañana serás mía, y nadie se interpondrá ya en nuestra dicha. ¡Nunca hubiera soñado que tan pronto se había de realizar nuestra ventura! Y ahora que estamos solos hablemos del sacerdote. Dime: ¿cómo te las has arreglado para que ese buen Padre se tomara con tanto empeño nuestra unión? Es un santo; con razón lo dicen: lleva fotografiada en su rostro la bondad...

—¡Basta —dijo Raquel apresurándose—: no ha hecho nada de más; ha cumplido sencillamente con su deber...!

—Oigo la voz de tu padre —la interrumpió Antonio—, y pronto llegará el mío para ponerse de acuerdo con el tuyo respecto a nosotros... Pero ya está ahí; voy a salir un momento para escuchar nuestra sentencia.

Y el joven salió de la alcoba, dirigiéndose a un corredor que daba a un cuarto, donde estaban ya reunidos los padres de ambos con el sacerdote; y aproximándose a la puerta se puso a escuchar.

—Supongo —estaba diciendo el cura— que ya os presumiréis para lo que os he querido reunir. La unión de vuestros hijos ha sido el motivo de haberos convocado; y dada la gravedad de Ra-

quel, no habiendo esperanzas de salvación, según ha dicho el facultativo, creo no tendréis inconveniente, en que yo mañana mismo les dé la bendición matrimonial, previa la presencia de dos testigos que se buscarán. Haciéndolo así, no tendréis remordimientos de conciencia; yo habré cumplido con mi deber, y además, Dios, con este acto, nos bendecirá a todos.

—¡Sí, sí, Padre, todo lo que queráis —contestó muy conmovido el padre de Raquel—; se probará todo, pero temo que desgraciadamente será ya tarde!

—No seáis desconfiado —repuso el padre de Antonio—; yo no la he visto todavía, pero tengo esperanzas de que no se morirá.

—Bueno —dijo el cura—; no perdamos tiempo; entremos todos juntos en su habitación y démosle esta grata noticia, que será para ella un elixir de vida.

Salieron del cuarto y entraron en el de la enferma, pero ésta ya estaba enterada por Antonio de lo que habían acordado.

—Raquel —dijo el padre de Antonio—: pronto serás mi hija querida, pues hemos pensado casaros mañana mismo, y cuando te levantes te vendrás a vivir a mi casa, y tú y Antonio seréis el báculo de mi vejez.

Como comprendía el estado en que se encontraba la enferma, que de verdad le iban faltando las fuerzas, no quiso proseguir la conversación, para no marearla, y se despidió. Lo

mismo hicieron el padre de ella y el sacerdote que suponían también, con mucha razón, que los amantes descaban quedarse solos para expandirse.

—Ahora —comenzó diciendo Antonio, viéndolos marchar—, ya no me moveré de aquí hasta que podamos salir los dos juntos a la calle.

—Y si me muero, ¿qué harás?

—¡Morirme contigo! —contestó sin vacilar, el joven.

—¡No, esto no; yo no lo quiero, porque nadie se acordaría de mí para rezarme como tú!

—Vaya, cambiemos de conversación y procura dormir, que el día ha sido muy agitado para ti y necesitas reposo.

Y tapándola suavemente, se sentó a su lado, dispuesto a velar su sueño. Así se pasó toda la noche contemplándola con cariño maternal, hasta que los primeros albores vinieron a anunciarle que se aproximaba el día. Con los primeros rayos del sol despertó Raquel con la sonrisa en los labios, y diciéndole:

—¡Qué feliz soy! ¡Cuántas noches hacía que no conciliaba el sueño! Y no sólo he dormido bien, sino que hasta he tenido un sueño muy hermoso y original. Soñaba que se abría una puerta, que seguramente era la del Cielo, y allí estábamos nosotros. De pronto, ha salido del interior una figura muy majestuosa, que se ha dirigido a ti y te ha dicho: «Desde hoy en adelante empezará

una nueva obra; llorarás mucho, pero este llanto te lo enjugará siempre esta mujer.» Luego dejaste de ser hombre y te convertiste en un niño muy pequeñito que estaba en mis brazos y que lloraba mucho, pero tus lágrimas las besaba y las secaba yo con el calor de mis labios. ¡Cuánto te quería! Te amaba más que ahora... Después todo desapareció; y por esto has visto que me reía cuando despertaba, porque creía que en realidad te habías transformado en un niño. ¡Ya ves qué sueño más extraño y más bello!

Estuvieron así charlando largo rato, hasta que llegó el sacerdote acompañado de los testigos; y estando reunida toda la familia, en presencia de ellos, los bendijo y unió en indisoluble lazo. Y habiendo salido todos, menos el cura, le dijo éste:

—¡Raquel, hija mía: ya has visto cuánto he trabajado para hacerte dichosa, y si algún día, desde el Cielo, dirigieras una mirada y distinguieses a este pobre pecador, me perdonarías y amarías, porque verías lo mucho que sufro!

—¡No sólo os perdono, Padre, sino que os amo y os amaré por los siglos de los siglos!

En este momento entró el doctor, y observando el progreso tan rápido que había hecho la enfermedad, prohibió que se la molestara, no dejando más que una persona en el cuarto; porque tanto hablar y tantas emociones como había recibido, podrían precipitarle la muerte.

Así fué: aquella misma tarde, su espíritu voló al infinito. ¡Qué golpe tan mortal recibió el des-

dichado Antonio! Pensaba quitarse la vida; pero de repente le venían al pensamiento las palabras de Raquel, de que tenía que vivir mucho para que le rezara, y esto le consolaba algo.

Fué viviendo el infortunado pastor, haciendo una vida lánguida y esperando con tranquilidad y resignación su muerte, que acaeció dos años más tarde, apagándose aquella luz, falía del alimento de su amor.

El recibimiento que le hizo su amada en el espacio, es difícil de describir. Prometieron desde allí velar por el sacerdote y se juraron amarlo eternamente.

El cura, a la muerte de estos dos seres, cumplía su misión, ansiando llegara el día, de su partida, pues su destrozado corazón se negaba a seguir palpitando: le faltaba el calor necesario que lo animaba, huérfano del amor de Raquel. Al fin le llegó su hora, y su espíritu se remonó, buscando en el espacio una paz que en la tierra no había hallado.

Los espíritus de Antonio y Raquel le salieron al encuentro, y el cura sufrió la sorpresa consiguiente, al verse frente a frente de estos seres, a quienes tanto daño había hecho en su vida terrena. Su primera impresión fué huír; pero la voz de Raquel lo detuvo diciéndole:

—Padre, ahora estamos en la vida verdad; aquí no nos podemos esconder; aquí no se puede engañar ni falsificar la letra; aquí de todo cuanto

hacemos tenemos por testigo a Dios y no a los hombres. Si yo un día caí en la red que me tendisteis, ahora vos caeréis en la mía, pero mi red será devolveros bien por mal. Yo os amo, Padre, pero no con el amor del cuerpo, sino con ese amor del alma que no se extingue nunca, y por este amor, si vos un día fuisteis el causante de romper nuestro destino, os será otorgado el volvernos a unir, porque, escuchadme bien, los hombres en la tierra no hacen otra cosa que ir preparando un trabajo para continuarlo en otra existencia, y vos y yo hemos preparado uno en esta etapa de nuestra vida, que tenemos que empezar en otra.

Antonio, que había sido testigo de aquellas palabras tan interesantes, se acercó al grupo y dirigiéndose al sacerdote le dijo:

—Sí; tú empezarás el trabajo y yo lo acabaré; y si quieres, te iré preparando, y así no te costará tanto comenzar. Yo te enseñaré cómo se ama y cómo se respeta al ser amado, con ese amor puro y desinteresado, que es hijo de la Causa Suprema, y que tú no has sentido. Tú, pobre alma, te olvidaste de los deberes que te habías impuesto, ¡y así pensabas ser amado! Oye: cuando un espíritu descende al Taller, es puramente para trabajar y no para hacer estorbo a los demás operarios; y si tú no cumpliste como debías, la misión que llevaste a la tierra, ¿cómo querías ser amado por un espíritu que no te merecías? ¡Pero que éste en su grandeza de alma te ama-

rá! Para que consigas el amor verdadero de esta alma, prometo velar por ti y contribuiré con mi trabajo a que lo obtengas; pero siempre me tendrás de fiel centinela a su lado, porque ese espíritu es el alma de mi alma, me pertenece de la noche de los siglos. Tienes que trabajar mucho, mucho, para que realices tu amor; has de desandar el camino andado; partirás al sitio de donde has venido, volverás a apetecer lo que has deseado; y entonces conseguirás el amor de su cuerpo, pero no el de su alma, porque para esto tendrás que hacer un trabajo que durará mucho tiempo: bastante conseguirás con haber satisfecho tu amor material. Y ahora, mira con fijeza, y comprenderás cómo es el amor de las almas.

Y descorriéndose un velo a los aturdidos ojos del sacerdote, aparecieron aquellas dos almas unidas por un fuerte lazo de amor: estaban entrelazadas. ¡Qué grito dió el sacerdote; no se sabe si de rabia o de amor! Las dos almas estaban cubiertas por un hermoso manto flúidico, que el sacerdote se apresuró a deshacer; pero oyó una voz severa y armoniosa que les dijo:

—«¡No te acerques, que no lo tocarás! Tú, mañana serás el instrumento de que se valdrán esos dos espíritus en la tierra para su unión; a ti se acercarán cuando la ley de la reproducción los llame, y tú serás la llave que abrirá la puerta para que puedan seguir amándose en el planeta. Si ellos no te hubieran perdonado, no les sería

tan fácil seguir unidos, pero por la hermosa ley del perdón, han conseguido identificarse para siempre. Mañana, cuando hayas conseguido el amor de esa mujer, no la harás lo dichosa que ella se merece, pero el alma de su alma llegará a tiempo, y le devolverá la alegría perdida, y a ti te hará sentir poco a poco las chispas de ese fuego llamado amor, para que nunca más desees a la mujer del prójimo; porque el alma que no se contenta con lo que le corresponde, no ha penetrado aún dentro de la regeneración. Tú todavía estás muy lejos de ella; pero como, dentro de la ignorancia de tu espíritu, no fuiste criminal, esto te salva, porque ¡ay de ti, si el fuego de la pasión hubiera trastornado tu cerebro! ¡Me horroriza el pensar dónde estarías ahora! Pero no fué así, la pasión no despertó el crimen, la pasión más bien despertó tu compasión. Voy a enseñarte lo que has ganado al obrar así.»

Y el pobre espíritu vió un abismo, donde gemían y lloraban muchas almas que estaban dentro de la obscuridad.

—«Más de una vez has vivido aquí, prosiguió la voz; pero tu espíritu está cansado de sombra; tu espíritu busca la luz; y ayer cuando estuviste a punto de volver atrás, la sombra de tu pasado te hizo recordar por el mal camino que ibas; fuiste fuerte, y tu espíritu dió un paso más en el progreso, sin volver a las tenebrosidades en que habías estado envuelto anteriormente. Estas son pruebas que pone Dios a las almas para

ver hasta dónde llega su virtud. Todo cuanto ha pasado con esa alma tan querida, no ha tenido más objeto que probar su virtud y tu firmeza por el juramento que en otro tiempo hiciste de no desear lo que no te pertenecía.»

Cuando la voz dejó de oírse, el joven pastor se dirigió al cura y se expresó en estos términos:

—Después de las palabras que has escuchado, poco me resta que decirte. Juzga tú por ellas: y si has encontrado alguna enseñanza en sus conceptos, aprovéchalos y guárdalos en lo más íntimo de tu alma, para que nunca más se borren de ella. Dame tu brazo, que yo te serviré de apoyo, junto con mi alma adorada.

Y estas tres almas se confundieron en un estrecho abrazo; se juraron trabajar juntos y se despidieron dándose cita para *más tarde*.

¡Qué solo se vió el sacerdote! ¡Ya no sabía qué hacer! ¡Ya no se acordaba de la lección que había recibido! ¡Pensaba que los dos jóvenes le habían abandonado para siempre, pues ya no hacía memoria de lo que le habían dicho! ¡El llanto acudió a sus ojos, y se encontró tan envuelto en sombras, que no sabía por dónde ir! Estaba ensimismado en sus negros pensamientos, cuando vino a sacarle de esta situación la voz del espíritu de la madre de la pastora, que, como había visto *claro y franco*, en el *espacio*, lo que sucedió en la tierra, le insultaba y recriminaba por su conducta; pero otra voz que surgió más potente la hizo callar y llamó su atención.

—«¿Qué haces? ¿Qué quieres? ¿Qué pides?»

—¡Pido venganza para el criminal hipócrita, que con sus farsas y mentiras vino a engañarnos y arrebatarnos la felicidad!

—«¡Mientes!, prosiguió la voz. ¡Ese hombre nunca había soñado penetrar en tu jardín! Si tú hubieras sido un jardinero más celoso de las flores que cultivabas en él, no le habrías entregado ese delicado capullo, que al contacto de sus impuras manos se marchitó. ¡Cómo cumpliste con tus deberes, pobre mujer! ¿Qué es lo que entendiste por deber de madre? ¿Comprendiste acaso que tu amor era impotente para salvarla? ¿Creeías por ventura que no podías haber realizado lo que hizo aquel hombre, entregando en brazos de tu hija a su amor? ¡Ah! Sí: ése era tu deber, y no, correr en pos de un hombre joven, hermoso y sediento de caricias... ¡Oh, fanatismo religioso! ¡Cuántas víctimas has hecho! ¡Cuántas madres, como tú, han entregado la inocente ovejilla en las garras del lobo! Aquel hombre sediento de amor, necesitaba la expansión de otro cuerpo, y ese cuerpo se lo entregaste tú; así es que nadie más que tú, infeliz, fuiste la causante del sufrimiento de los tres. Ahora piensas que tienes razón, y no quieres acordarte que olvidaste por completo tus sagrados deberes de madre, que es el sacrificio por sus hijos, y que a ella sola es a quien Dios concede el derecho de velar por ellos. Tú, inocente mujer, no sabes que la esencia que esparce la juventud, su fragancia, atrae irresis-

tiblemente sus ardientes corazones. Descansa, pobre espíritu, medita y verás que no tienes razón; te lo voy a demostrar con un sencillo ejemplo: Si tú observas que un pastor coge una oveja de su redil, y se dirige con ella al bosque donde se encuentra el fiero lobo, y se la entrega, diciendo: «Guárdala, que yo no puedo, y respétala como se merece, pues he pensado que tú podrías cuidarla mejor que yo»; vamos a ver: ¿qué te parecería el procedimiento del pastor? Lo llamarías a voces para que no llevara a cabo su descabellado proyecto, porque supondrías, lógicamente, que la cándida oveja sería devorada irremisiblemente por aquel hambriento animal. Ahora bien: ¿qué es lo que me contestas ante el ejemplo expuesto? Nada, ¿verdad?; porque comprendes que la comparación es razonable. ¿Cuál de los dos es más culpable? Tú, ¿no es cierto? Y sin embargo, insultabas a ese espíritu, cuando supo amarla y sacrificarse por ella, porque si no la hubiera querido, su venganza le habría llevado a hacerla morir en una hoguera, y tú hubieras tenido que presenciar tan horroroso suplicio. No fuiste tú quien la salvó; se salvó ella misma, que, comprendiendo la pequeñez de tu espíritu, guardó silencio en vez de desahogarse contigo, como era lo más natural, pues suponía que tu fanatismo en lugar de salvarla la hubiera perdido. Reflexiona todo lo que te he dicho, y reza, pero no con los labios, sino con el alma; y ese espíritu que Dios un día te confió, vendrá

a buscarte y te demostrará lo mucho que faltaste con él.»

La pobre mujer estaba anonadada; ya no maldecía ni quería vengarse; estaba arrepentido y se avergonzaba de su proceder; aquella voz tan majestuosa que había oído, se imaginaba que era la voz de Dios. Se puso a orar; y así que dirigió su pensamiento a aquella angelical criatura, se le presentó y le dijo:

—¿Por qué lloras, madre mía? ¿Es que sientes frío? ¿Es que tienes miedo? ¿Es que acaso pensabas que yo no estaría a tu lado? Pues aquí me tienes; aquí estoy para darte fuerzas, vida y aliento. Si un día no cumpliste como debías con tu deber, no pesa toda la culpa sobre tu espíritu; no eres verdaderamente responsable, porque no hiciste otra cosa que seguir la tradición de aquel tiempo, las costumbres que tus padres te habían enseñado. Este golpe ha sido una lección necesaria para tu espíritu. «De los escarmentados nacen los avisados», dice un refrán; y este refrán le lo podemos aplicar a ti: y nunca más te dejarás engañar por la superstición. Ven a mis brazos, madre mía; duerme, y mañana cuando estemos en la tierra, tú volverás a mecer mi cuna, me verás crecer y ya no pasará por tu imaginación el pensamiento de querer esclavizarme. El sacerdote y yo formaremos familia, pero entre tú y él se ha levantado una valla que te hará llorar; y estas lágrimas, hijas del cariño, te acercarán a mí, porque ahora estamos un poco lejos, guardamos

cierta distancia espiritual. ¡Pobre madre! ¿Qué culpa tienes, si un fanatismo religioso te cegó? Ahora serás más razonable, más pensadora, y tu misión será acercarte a esas otras madres, que como tú, inconscientes de lo que hacen, pierden a sus hijas; y les dirás muy quedito, al oído, que descorran el velo del fanatismo, y verán en su ignorancia las víctimas que han hecho.

Aquí termina esta linda e interesante historieta que leí en el *espacio*.

Tiene mucha razón mi amada Raquel... Cuando la niña se confiese con su madre y la esposa con su compañero, no habrá tantas inocentes inmoladas como hasta ahora; pero para que esto suceda, para que las humanidades comprendan ese fuego divino llamado *deber*, es necesario que se despojen de las imperfecciones adheridas a su corteza corporal, pensando que siempre han de tener en la esclavitud a los seres que les pertenecen. Cuando seáis más grandes, cuando seáis más elevados y pensadores, no tendréis el prurito de querer dominar a los demás, y de ahí vendrá la fraternidad universal: ya no habrá padres que tiranicen a sus hijos; ya no existirán esposos que opriman a sus compañeras; la paz y la armonía reinarán en los hogares; las niñas que tengan necesidad de consuelo y las esposas

que busquen alivio a sus penas, no acudirán al Templo en demanda de un perdón engañoso, que sólo encontrarán en su madre y esposo respectivamente. *El hogar: éste es el verdadero y único Templo*, porque allí es donde se sufre y ora; allí es donde se goza: y con el goce unido al sufrimiento, es como se puede empezar a comprender a Dios.

Yo, que en la tierra había visto muy claro estos desaciertos; yo, que allí había observado con lucidez estas revoluciones de los hogares, que habían turbado más de una vez mi reposo y tranquilidad, me decía, que si yo hubiera sido madre, quizás no habría cumplido con mi deber. Para mí, que he sido siempre muy amante de estudiar la humanidad, los mejores libros eran, cuando podía penetrar en ellos, esos hogares donde el desasosiego, la maldad y el crimen se enseñorean, y en cuyas páginas, sólo los pensadores pueden leer.

Así debierais de ser todos: en vez de buscar en las bibliotecas las grandes historias del *pasado*, que, después de profundizar en sus libros, la mayor parte de las veces no sacáis nada de provecho; debéis leer en las páginas abiertas del GRAN LIBRO DE LA HUMANIDAD.

Yo, que así lo comprendí, dedicaba la mayor parte de mi tiempo a este estudio. ¡Dicen tanto los ojos de los niños, que cada uno de ellos revela una historia; y esas historias son las que los nuevos espiritistas deben leer! Sí; en aquellos ros-

tros angelicales, en esas caritas tan sonrosadas, en esos ojitos que manifiestan un mundo, era donde yo me inspiraba, y como tenía además la ayuda directa de *arriba*, podía escribir esas historietas que deleitaban tanto a los que las leían.

¡Madres del presente siglo: debéis ser más egoístas del tesoro que Dios os ha confiado! A vosotras os han entregado una flor que debéis cuidar para que no se marchite. ¡Nunca, entendedlo bien, nunca debe pasar por vuestra mente, autorizar a nadie para que sea poseedor de los secretos que sólo a vosotras deben ser confiados!

¡Mujeres del porvenir: a vosotras me dirijo! Procurad que de vosotras dependa la felicidad del planeta. Debéis ser buenas, indulgentes y tolerantes; debéis dar a esos seres queridos, lo que ellos se merecen. No debéis oponeros a su voluntad, porque no sabéis la historia que en ellos está encerrada; cada espíritu en la tierra ha venido a cumplir su misión. Vosotras sois las encargadas de irlos conduciendo por el camino del bien. Si así no obráis, el día de mañana os encontraréis como la pobre madre de la presente historia, que, si no hubiera sido por la misericordia de su hija, habría pasado inútilmente un tiempo precioso sin conocer la *verdad*.

Las madres que con tanta autorización se crean un derecho, que no se lo ha concedido Dios, sino los hombres, después que han comprendido su error, lloran mucho, como me pasó a mí en una

existencia en que había sido madre: que, no cumpliendo con mi deber, tuve que volver a la tierra en otra existencia, a reparar mi equivocación. Y fué en ésta en que me habéis conocido, en la que, sin haber tenido hijos materiales, fuí y sigo siendo Madre espiritual de todos. ¡Adiós!



HISTORIA DE UN PRESIDARIO

Yo quisiera, hijos míos, procuraros toda la luz que necesitan vuestras inteligencias para que podáis dar en la actual existencia un paso agigantado en el camino de vuestra vida hacia la perfección infinita que tanto anheláis.

Me he propuesto, desde el espacio, contaros historias *reales* de la *vida*, para que, deleitándoos, su lectura no os canse y sepáis encontrar en ellas el verdadero sentido, el fondo íntimo, que manifiestan estas mis narraciones de ultratumba. Leedme, pues, en *espíritu*, y dejad la *letra*. Y, como me he propuesto, repito, ser vuestra Madre y Maestra, cariñosamente unas veces, enérgica otras, trataré de inculcaros, en mis historietas, las ideas de amor y enseñanza, que son la base eterna del progreso del espíritu. Empiezo:

* * *

Estando un día pensando en mi constante afán de despertar seres espirituales, se me *presentó* un espíritu, y obtuve la siguiente comunicación: «Amalia: yo, que leo en tu cerebro y puedo trabajar en tu organismo, de ti me valdré para dar luz a los caídos de alma. Quiero, por mediación tuya, hablar a esos desterrados de la tierra, de quienes la humanidad sólo se acuerda para mandarles un pensamiento de odio. Me refiero a esos infelices *enterrados en vida*, a esos seres que la humanidad desprecia, a esos pobres de alma que por un momento de obcecación caen en poder de la justicia de los hombres. Quiero que el periódico que tú diriges sea el faro luminoso que ilumine aquellas inteligencias oscuras. Si es verdad que hay en esos antros que albergan todos los vicios y crímenes, almas depravadas, incapaces, por ahora, de regenerarse, también hay espíritus fáciles de convertir, en cuanto vislumbren la verdad. Y tú, que recibes la inspiración de seres invisibles, debes arreglártelas de modo que en los presidios entre tu periódico.»

Yo, que cuando se trataba de hacer el bien, y este bien estaba en mis manos, deseaba rápidamente propagarlo, me apresuré a replicarle a mi buen instructor espiritual:

—Si tú me ayudas, yo pondré de mi parte todo

lo que buenamente me sea posible para hacer el bien.

Y como no es tan fácil como parece, poder introducir en esos lugares periódicos que no pertenecen a la Religión del Estado, tuve que valerme de un consecuente espiritista de Tarragona, que siempre que venía a Barcelona, me contaba los sufrimientos de los infelices reclusos en los presidios, castigados por la ley.

—«Los traían tan mal (me decía) que, si tú lo vieras, Amalia, sufrirías tanto como yo, contemplando sus horas amargas de agonía y la pérdida de la hermosa libertad.»

Y recordando las palabras de aquel sincero espiritista, cuando el espíritu me habló en su comunicación, le escribía mi buen amigo lo que me habían dicho los invisibles.

—«Sí (me contestó en seguida), mándame los números de *La Luz* que creas conveniente, que yo me encargaré de que lleguen a las manos de esos infelices.»

Al día siguiente se los mandé. Mucho trabajo le costó, pero al fin logró su objeto.

¡El primer número en manos de un sér que tenía cadena perpetua! Y el asunto que trataba parecía destinado expresamente para él. Mi artículo decía así: «¡Ay de los que ahora, teniendo todo lo necesario para vivir honradamente y no estando contentos de su suerte, desean lo del prójimo, perdiendo así la libertad del cuerpo y del

alma! ¡Pobres enterrados en vida, cuánta lástima me hacéis! Si yo pudiera volar a vosotros, como la mariposa de flor en flor, yo iría de espíritu en espíritu, libando de vuestra negra corola el néctar de la maldad que envenena vuestra libertad.» Y sobre estas consideraciones se extendía mi artículo, y les pintaba, de la manera más sencilla, que el hombre puede volver a sus buenos tiempos; les hablaba de la libertad del alma, de la vida eterna del espíritu, siempre en progresión ascendente hacia la Causa Amor; de que no había que perder las esperanzas, aunque se encontraran reclusos para toda la vida en una mazmorra. «Sí, hijos míos —proseguía—; vosotros no estáis desheredados, vosotros no estáis excluidos del amor de vuestro Padre, vosotros no estáis malditos de Dios; para vosotros llegará el momento de la reconciliación, y si sabéis resignaros con la suerte que vosotros mismos os habéis impuesto por un momento de equivocación, llegaréis a llevar vuestro grillete sin sentir su peso ni su molestia. Si yo puedo llegar hasta vosotros, me parece que más de uno me bendecirá.»

Todas las semanas mi buen guía espiritual me dictaba un artículo para consolar a aquellos desgraciados; y así pude conseguir que más de un alma se regenerara. ¡Qué alegría sentía yo cuando llegaba a mi puerta uno de estos seres redimidos por mi *Luz!* ¡Ya no pensaban en volver a ser criminales! ¡Ya se acercaban a mí para pre-

guntarme si todo aquello que yo escribía era verdad!

Entre ellos recuerdo uno que, cuando lo vi, me estremecí en su presencia. ¡Qué figura más repulsiva! ¡Qué manera de hablar! ¡Cómo me miraba! Parecía que con sus ojos quería adivinar todo lo que escondía en lo más íntimo de mi alma. Sentí miedo. Pero una voz oculta en mi interior me mandaba con acento imperativo: «Ahora debes ser fuerte, porque esa alma no está redimida, y tú tienes que regenerarla.»

Pero, ¡ay!, de la teoría a la práctica, va una gran diferencia. Me sentí acobardada y sin fuerzas. Entonces, la misma voz me reanimó; y envolviéndome unas fuerzas invisibles me sentí con grandes ánimos para hacerle frente a aquel hombre, cuya presencia tanta sensación y estupor me había causado.

—Hable, hable usted —le dije—; que bien necesita hablar el que tanto tiempo ha callado lo que sentía su alma.

Y empecé a hacerle una serie de preguntas a las que él contestó suavizando su voz todo lo que podía:

—¡Ay, mi buena señora; qué ganas tenía de conocerla! Esperaba este momento para cerciorarme de la verdad; y si me convengo de todo cuanto he leído en sus artículos, no seré más criminal. ¡Ah, señora! Yo no he sido criminal por mis malos instantos, no; lo he sido por abandono: nadie me ha querido en este mundo; nadie esperaba el

momento de mi libertad para estrecharme entre sus brazos; nadie me espera. Y digo «nadie me espera», porque ninguna persona me ama y anhela mi salida de presidio. Y si alguien me esperara, sería para causarle horror e insultarme. Así es que aquí me tiene, dócil como un niño, y dispuesto, si todo lo que usted dice es verdad, a ser el consuelo de los que sufren. ¡Si usted supiera, señora, cuántos compañeros de cadena, esperan una carta mía diciéndoles la impresión que usted me ha causado, y si todos aquellos artículos escritos por usted son verdad...!

Con el sencillo relato de aquel hombre me moví, y me vi tan pequeña, tan pequeña, que delante de él no supe, de momento, cómo contestarle. Por fin, pedí fuerzas, y no me las negaron, y le dije:

—Sí, hijo mío: todo cuanto he escrito en mis periódicos, todo, es la pura verdad; y si tú quieres oír la voz de los *invisibles*, hoy es un día que puedes quedarte, y después que hayas escuchado la voz de un sér de ultratumba te convencerás más de la verdad de mis escritos.

Así fué: cuando el *médium* hubo terminado su conferencia transmisora, el ex presidiario se dirigió a mí con lágrimas de ternura y arrepentimiento:

—Desde este momento le prometo que nunca más haré daño al prójimo: *vivir siempre* y poder llegar a ser bueno, ¡qué felicidad!

Es difícil trazar en el papel estos momentos de

felicidad que experimenta el alma cuando siente la satisfacción del bien obrar. Yo, en aquellos momentos, no me hubiera cambiado por el ser más *grande* de la tierra; ya me había hecho interesante entre aquellos seres que nadie los había conmovido, y yo, con mis artículos tan sencillos y tan sinceros, había despertado un alma que vivía en la obscuridad del mal.

Cosme, que así se llamaba nuestro protagonista, continuó:

—¡Oh, madre, trácame el camino que debo seguir!

Como recién salido de presidio, suponía, lógicamente, que su estado financiero sería bastante deplorable, y así le dije:

—Dime con toda franqueza cómo estás de recursos, y si no tienes dinero para poder esperar a encontrar trabajo, aquí estoy yo.

Y las frases salidas de mis labios le conmovieron de tal manera, que lloraba como un pequeño.

—Sí, me contestó; la verdad: yo no tengo dinero para poder esperar mucho tiempo a que encuentre trabajo.

Yo entonces puse mis pocos ahorros en sus manos y le dije:

—Toma, busca trabajo y cambia de conducta y así serás feliz.

¡Qué día más memorable fué aquél para mí!
¡Nunca lo olvidaré! Aquel hombre que el primer

momento me inspiró terror, después me fué simpático y la compasión embargó mi corazón.

Se fué Cosme contentísimo de nuestra primera entrevista y con mi modesto óbolo.

Pasaron algunos días, y al cabo de éstos, volvió a verme. Ya había encontrado colocación. ¡Qué cambio más notable se operó en él! No faltaba a ninguna de nuestras sesiones. Y en un corto plazo se reformó de tal manera moralmente que ya, en vez de aprender, enseñaba, y no se daba vergüenza de haber delinquido; y en todos los hogares en que sabía había un sér que no marchaba correcto en su vida moral, allí se presentaba y le relataba lo que le había sucedido a él. Y así iba haciendo el bien, redimiendo a los que buenamente podía. No pasaba semana sin que fuera a la cárcel a ver a los reclusos a hablarles de espiritismo. Que así como hay muchos que esconden sus ideas, él, por el contrario, se afanaba en propagar entre todos el Ideal que profesaba. Así como tampoco ocultaba su caída y regeneración.

Poco a poco se fué formando una gran familia, pues muchos encarcelados esperaban su libertad para dirigirse a su casa y hablar de todo aquello que él llamaba su *puerto de salvación*.

Cada vez que me veía me daba cuenta de nuevos seres llevados al camino de la regeneración por él, y muchas veces me pedía que admitiera a aquellos desgraciados en mi reunión, porque le parecía que hablando conmigo darían más cré-

dito a mis palabras. A lo que yo accedía con mucho gusto, pues el relato de aquellos infelices me llegaba al alma, y me decía: —¡Qué feliz soy! ¡Ya me buscan los desgraciados! ¡Ya mi humilde voz encuentra eco en los corazones empedernidos!

Así meditaba yo cuando recibía alguna de estas visitas.

¡Qué satisfecha está el alma cuando cumple con su deber!

Transcurrió un largo lapso de tiempo continuando nuestro ex presidiario haciendo todo el bien que humanamente podía; hasta que un día se me presentó muy compungido y enfermo, exclamando:

¡Ay, Amalia! ¡Ya no podré seguir haciendo el bien! ¡Ya mis piernas se niegan a subir escaleras! ¡Ya no podré ir a la cárcel! ¡Ya no puedo trabajar...!

—No tengas miedo —le contesté—; que de donde menos se piensa, sale un alma generosa, y sabrá recompensarte todos tus desvelos.

Se fué bendiciéndome por el aliento moral que mis palabras le habían causado.

Pasó un mes sin que supiera la más mínima cosa de él. Y eso que yo siempre le encargaba que me pusiera al corriente de todo lo que le sucediera.

Un día, cuando menos lo esperaba, se presentó en mi puerta un joven y me dijo:

—¿Será usted la que yo busco? ¿No es us-

ted la que llaman «madre de los desgraciados»?

—No —le contesté—; no soy más que un alma que quiere ser buena, y enseñar a todos, lo que a ella le ha dado la vida. Explícala y sabré lo que quieres.

—Yo no vengo por mí —me respondió—. Yo vengo por un amigo de usted, y que es para mí igual que un padre.

En seguida le comprendí. Temí que hubiera muerto, y así se lo pregunté al joven.

—No, señora —me dijo—; pero está muy grave, y quiere que usted lo vea antes de morir. Quiere su bendición y que usted le diga si puede marcharse con la conciencia tranquila. Y si usted se lo dice, señora, tengo la seguridad de que morirá feliz.

Y al decirme esto, me miraba suplicante, invitándome a que fuera.

—Sí, hijo, mío —le repuse—. Si él tiene ganas de verme, también las tengo yo.

Salimos y nos dirigimos a la casa de él. ¡Qué sorpresa recibí al ver al ex presidiario descansando en magnífico y mullido lecho! Junto a su cama, estaba una hermosa joven, que, al verme entrar con su compañero, se adelantó y me recibió muy atenta, comprendiendo quién era yo, y me dijo:

—Si usted supiera la felicidad que nos embarga con su presencia, se encontraría muy complacida.

Y dirigiéndose al enfermo, le advirtió:

—Ya está aquí la que usted con tanto afán quería ver.

Yo estaba en ascuas por saber a qué era debida esta transformación en lujo, de mi amigo, y no podía comprender, por más que me esforzaba, el motivo de la riqueza que le rodeaba, y así le dije:

—¡Qué contenta estoy! Observo que se han cumplido mis profecías. Ya sabía yo que tenías que recoger algo de lo mucho que sembraste.

—Sí, es verdad —me contestó—; y ahora me puedo morir tranquilo, porque dejo un buen sucesor que me ha prometido seguir mi ejemplo.

Y dirigió la vista al joven que estaba cerca de él. Este y su compañera, comprendiendo que nos queríamos quedar solos, salieron.

—A ese muchacho —comenzó a decirme el ex presidiario—, le conocí cuando iba a visitar a los presos en la cárcel. Un día se me presentó aquí cuando yo ya no me acordaba de él, y empezamos una conversación muy interesante. Le pregunté por qué estaba en la cárcel, y me contestó que por culpa de una mujer. Yo al verlo tan joven, le hablé de los ideales que profesamos, y él entonces, me pidió libros, que yo me apresuré a entregarle. Se marchó, y más tarde me escribió que ya había comprendido su error, y que ahora realizaría todo lo que a él podría darle la felicidad. Yo no comprendía lo que me quería decir; y un día que vino, le supliqué que se explicara. Y entonces me contó que la que es hoy

su esposa, era la causa de que hubiera ido a la cárcel. Yo no comprendí cómo podía ser su compañera la que le llevara a ese extremo, y así se lo expuse.

—Me explicaré —repuso—. Yo anteriormente tenía relaciones con la que hoy es mi esposa; pero su padre se oponía a que me casara con ella. En vista de esta tenaz oposición, le propuse a mi novia que se escapara del hogar paterno para unirse conmigo. Ella aceptó; y un día que todo lo teníamos preparado para realizar la fuga, se enteró el padre y nos salió al encuentro en el preciso momento en que salíamos ambos de la casa. Empezamos a discutir acaloradamente, y luego pasamos a mayores. Muy excitado, medio ciego por el acaloramiento, saqué un revólver, y le tendí en tierra, gravemente herido. Por este motivo mi esposa, inocentemente, ha sido la causa de que fuera a la cárcel.

—Después —continuó diciendo Cosme—, la novia, viendo el estado de su padre, rompió las relaciones con el joven. Este esperaba con ansia el momento de su libertad para vengarse de ella. Pero el haberme conocido a mí y la lectura (de los libros que le entregué, modificaron sus intenciones y cambió de carácter. Comprendió que era él el que había faltado, y así le escribió al padre pidiéndole perdón y diciéndole que cuando saliera de la cárcel, iría personalmente a demostrarle la sinceridad de sus palabras y que en lo sucesivo sería un buen hijo para él. El

padre se compadeció; fué a la cárcel, y se reconciliaron prometiéndole que los uniría en eterno e indisoluble lazo. El joven les habló de mí, y les explicó que por mi causa había vuelto a la razón, y era feliz, unido con ellos. Transcurrió un largo espacio de tiempo durante el cual ya no me recordaba de mi joven amigo. Y un día en que mi situación financiera era muy crítica, un día de ésos terribles en que hasta el pan necesario falta en el hogar, providencialmente se presentó en mi casa la joven pareja. Mi sorpresa fué grande, y ellos, observando el estado de miseria que me rodeaba, me llevaron con ellos a vivir en su lujosa morada. Y aquí me tiene usted, feliz y contento, esperando con tranquilidad y resignación la muerte. Ya habrá quién me llore, y sienta el momento de mi partida. Son muy buenos, muy buenos; ella siempre me dice que yo he sido su ángel bueno, porque, si no hubiera sido por mí, su Juan (así se llamaba el joven) esperaba salir de la cárcel para matarla, creyendo que no le amaba.

—Y no era así —continuaba la joven—. Mi amor siempre era para él. Si yo no iba a (visitarlo a la cárcel, era por no tener la libertad necesaria para hacerlo. Así es que toda la felicidad se la debemos a usted, pues con su influencia moral, sus consejos, y, sobre todo, con la sana lectura de las obras espiritistas que usted entregó a mi Juan se arregló todo de tal manera, que nos podemos llamar ahora, con justicia, felices en la tierra.

—No, hija mía —le contestaba yo dulcemente—. Tú no sabes las *leyes* que rigen a los seres. ¡Sabe Dios si entre nosotros habría alguna historia interesante! Yo sólo te pido que inculques a tus hijos lo poco que te he podido enseñar de la filosofía espírita.

Estuvimos largo rato hablando, y terminado éste, me despedí de aquella buena gente.

Un día, se presentó la joven en mi casa, afligidísima.

—¡Ay, señora! Si quiere recibir el último suspiro de Cosme, apresúrese. ¡Se muere!

Me di mucha prisa, según lo exigía lo grave del caso, y marchamos corriendo a la casa del enfermo.

Al entrar, Cosme se incorporó en la cama, dirigiéndome una mirada Indefinible.

—Te esperaba —me dijo—. Deseo que recojas mi última voluntad: que indagues de tus buenos amigos del *espacio* la historia que hay entre estos seres y yo. Te bendigo con toda mi alma para que tengas fuerzas para continuar tu labor. Si en todos los seres hubiera fructificado como en mí la semilla que sembraste, hoy serías un redentor. ¡Hasta luego, hijos míos! ¡Hasta luego, Amalia!

Dicho esto, expiró. ¡Qué desconsuelo dejó entre aquellos seres! Yo nunca había visto un padre que fuese tan llorado.

Me dirigí a mi hogar, y, una vez en él, me puse a meditar sobre lo que podía haber entre

estos tres seres. Estando ensimismada en estos pensamientos, oí una voz que me dijo:

—¿Y tú no entras en la cuenta? ¿Es que sin ti se habrían conocido? ¿Es que sin ti se hubieran amado? ¿No es verdad que no hubiera sido así?

Entonces comprendí que tenía razón el espíritu que me hablaba.

—Tienes razón —le repuse—; pero yo no he hecho otra cosa que cumplir sencillamente con mi deber.

—Y ellos también —interrumpió la voz—. Si un día no hubieran abandonado a Cosme, no lo habrían tenido que recoger hoy. Pero esa *historia* ya la encontrarás después de la tumba; y en ella representas tú el principal papel. Ahora no pierdas tiempo en preguntarnos, porque no podemos contestarte hasta que llegue su debido tiempo. Sólo te puedo decir que ese espíritu te pagará con creces lo que hiciste hoy por él...

Me quedé muy pensativa. Y me entró una ardiente curiosidad de saber nuestra historia. Pregunté a los espíritus. Pero todo fué inútil.

Pasó el tiempo y casi llegué a olvidarme de nuestra *historia*. Después de la muerte del ex presidiario, mis jóvenes amigos se marcharon de España, y nunca más supe de ellos. Llegó mi último día terrenal, y al encontrarme en el *espacio*, mi primer pensamiento fué para el ex presidiario, y me pregunté: ¿Qué será de él? ¿En dónde estará? Y como contestando a mi pensa-

miento, oí una voz muy dulce que me dijo: — A tu lado. La gratitud es una flor que no se marchita. Aquí me tienes. Soy un alma que te esperaba, para darte las gracias y retirarme en seguida.

¡Qué impresión recibí con aquellas palabras! Sentí algo indefinible. Un sentimiento de horror me causaba la presencia del espíritu de Cosme. Ni los dardos de la tierra, ni los desengaños de los hombres me habían hecho tanto daño.

—Espérame — le dije.

—No puedo esperar. Me siento incapaz de estar junto a ti.

—Y ¿por qué?

—Porque nuestra *historia* es de sangre. Ahora no deseaba otra cosa que darte las gracias por haber dado *luz* a mi espíritu. ¡Adiós!

¡Cuánto sufrí! Lloré mucho. Las palabras de aquel espíritu me habían anunciado días de luto. Ya no me amaba como en la tierra. Ya no podía estar a mi lado. Ya lo había perdido para siempre. No, no me puedo conformar.

—Te conformarás — dijo una voz—. Y verás a aquellos espíritus que en la tierra formaron su nido y bajo él cobijaron al ex presidiario. Ya verás cuánto pagaste con aquel sencillo trabajo. Tú pusiste la primera piedra y ellos levantaron el edificio que luego coronaste. Gracias a ti han pasado en la tierra días de dicha y felicidad. Y cuando tu nombre les venía a la memoria, te bendecían, y su bendición ha hecho que se unieran tu alma y la de su espíritu que crees haber perdido para

siempre. Esos dos seres enamorados harán que vuestras almas se besen y se perdonen. Mira: lo primero que debes hacer, es procurar buscar a esos espíritus que tanto siguen amándote.

Yo entonces pedí a mi *guía* que me indicara el sitio en donde se encontraban.

—A tu lado —me respondió—. Ya no pertenecen a la tierra. Ya han tendido, como tú, el vuelo al espacio. Pronto los verás.

¡Qué sorpresa tan agradable recibí encontrándome con ellos! Me miraban con cariño, con amor, y me decían que había sido su ángel bueno en la tierra. Yo no me atrevía a levantar los ojos. El dolor que el espíritu del ex presidiario dejó en mi alma, me había quitado las fuerzas. Aquellos espíritus lo comprendieron. Se acercó ella a mí y me besó.

—No te acobardes —me dijo—. Si un día le ofendiste, más tarde le diste la libertad, y a mí la felicidad eterna, pues tengo la seguridad de que nuestras almas no se separarán nunca más. Si no hubiera sido por ti, hubiéramos retrocedido. Te enseñaré nuestra historia y verás que tengo razón. Sí, la tengo; y si la gratitud es una virtud, yo seré muy virtuosa, pues desde el momento que llegué al espacio, en seguida me acordé de ti y te busqué. Primero vi a Cosme, que también te buscaba, y sentí una alegría grande, recordando todo el bien que nos había hecho; pero, como él no veía en mí al espíritu que anhelaba ver, me dijo: — «¿Dónde está nuestra bienhechora de la

tierra? Anhele verla, para darle las gracias y retirarme. Estamos tan distanciados por nuestra historia de *ayer*, que tardaremos mucho tiempo en amarnos.» ¡Qué turbada me dejó con estas palabras! ¡Yo que siempre en mis oraciones había unido el nombre de los dos en un sólo sentimiento! ¡Qué desilusión! —«Ven, Amalia; sígueme, que leerás la historia del *pasado*.»

Yo, conmovida, la seguí. ¡Cuánto auduvimos! Pero, en lugar de ascender, descendimos, y allá en lontananza, distinguimos una llanura, y esa llanura era la tierra. Sentí un miedo inexplicable. Si no hubiera sido por ella, hubiera cerrado los ojos. Pero ella me decía: —«¡Madre mía!, no retrocedas un momento, que yo quiero darte mucho más que lo que de ti obtuve. Siéntate y esperemos.» Me senté y de improviso recordé haber visto otras veces aquellos lugares. —«Y ahora, cuando estés más tranquila —prosiguió mi acompañante—, te iré enseñando lo que te gustará mucho ver; porque el que se empeña en escribir la historia de los demás, justo es también que escriba la suya.» Yo no me cansaba de mirar aquellos paisajes, y cuanto más los contemplaba, más comprendía que no me eran desconocidos. ¡Qué sol más abrasador! Me parecía sentir en mi espíritu sus ardorosos rayos. Y dirigiéndome a mi dulce amiga, dije: —«¿Durará mucho esta contemplación?» —No —me contestó—. En cuanto reposes un poco y tengas valor,

leerás la historia de nuestras vidas.» ¡Ay, qué sensación sentí! Pasaba por delante de mí una hermosa joven. ¡Qué linda era! Me quedé asombrada. Iba vestida a la turca, y al mirarme con sus divinos ojos, parecía decirme: —«¡Amame, que yo te amo desde tiempo infinito!» Me contemplé, y me encontré transformada. Pertenecía al sexo fuerte. ¡Qué momentos de dolor! Al momento comprendí, por inspiración, qué era lo que significaba todo aquello; y así le dije a mi compañera: —«No quiero ver más. Con lo que he visto tengo bastante. Ya comprendo que este cuerpo tan bello, lleva el alma del ex presidiario. Yo he sido su seductor.»

¡Qué daño hacen estas verdades! Pero, a pesar mío, tuve que seguir contemplando a aquella mujer. De repente, perdí toda noción del presente, y me encontré con esta mujer en mis brazos, diciéndome: —«Yo no quiero vivir sin tu amor; no quiero vivir, si tú me abandonas.» —«Sí —le contesté—; yo te abandonaré, porque no te he amado nunca. Y ahora ha llegado el momento de dejarte.»

Ella pertenecía a una gran familia de la época. Era hija de uno de los *poderosos* de la tierra. Y, al verse desairada, me amenazó con que se vengaría. Yo entonces me acobardé y le dije que no hiciera caso de las palabras que había pronunciado. Y entonces me arrepentí de haber despertado en su corazón un amor que no sentía el mío. Y

por miedo o cobardía volví a hacer las paces con ella, comprendiendo que de verdad me amaba, y el amor no correspondido es arma que mata. Así es que seguí engañándola y buscando a todo trance, el momento de deshacerme de ella. Un día que no recordaba ella la ingratitud de mi corazón, con falsos halagos la alejé de la ciudad y en el sitio más agreste y desconocido de un bosque la abandoné, y me dije: «Ahora ya no podré temer nada de ella. De aquí no saldrá viva. Las fieras se cuidarán de realizar lo que yo deseo.» Así fué: viéndose abandonada, corrió desalentada por el bosque en busca de auxilio, pero una fiera la devoró.

Y aquel espíritu, en el espacio, juró vengarse, y volvió a la tierra con el ánimo de cumplir su venganza en el infame que la deshonoró y abandonó. Pronto me encontró. Yo era en esta existencia hombre de Estado. Ella también pertenecía a mi sexo. Al encontrarnos frente a frente se aumentó su sed de venganza. Se propuso perderme y lo consiguió. Ya había encontrado a su verdugo. Ya no había más que buscar la manera de realizar la venganza. Y de un hombre que había sido honrado y laborioso hasta el presente, se volvió malo y feroz. Se alistó en una de esas sociedades secretas que persiguen a las grandes figuras.

¡Y cómo se gozaba aquel espíritu inventando las calumnias contra mí! Se hizo jefe de aquella sociedad; y poco a poco me fué estrechando el

círculo, hasta que caí en su poder. ¡Cómo se gozó en martirizarme! ¡Cómo se cebó aquel hombre en mi cuerpo, dándome tormento! ¡Qué muerte más cruel recibí! Ya estaba satisfecho su odio. Yo al lanzar mi postrer suspiro, en un momento de lucidez de mi alma, le perdoné.

Y ahora comprendo por qué este pobre sér, en su última existencia material, vivió algún tiempo en presidio. ¡Si aquella mujer me hubiera perdonado; si aquel amor que sintió en un tiempo, hubiera sido verdad, no estaríamos hoy tan distanciados! El amor que desciende en odio, es una cadena que aprisiona el espíritu. Y si aquella mujer, insultada y abandonada por mí en una triste situación, me hubiera perdonado y me hubiera seguido amando, no se encontraría en estado de atraso progresivo.

Yo, dentro de la tristeza; yo, dentro de la calumnia y el dolor, supe perdonarle. Así es que, habiendo sido yo el causante del mal, debería estar en peores condiciones que él. Pero no; supe perdonar a aquel pobre espíritu que no sabía lo que hacía. ¿Es que tenía razón? Sí y no. Ella había sido víctima de un engaño; pero si su espíritu hubiera tenido luz, me habría perdonado; porque el que ama perdona siempre. Y así nuestras historias hubieran sido muy distintas.

Ahora ya está vengado; ahora ya está vencido; ahora huye de mí por temor y vergüenza; y si ella me hubiera perdonado, sería para mi espíritu la vergüenza. Pero trabajé en mi última existencia

terrena por sacarle del cieno y darle mi mano: y si esto lo hubiera hecho ella, en vez de vengarse, hoy sería un espíritu de luz.

¡Qué cara se paga la venganza! El espíritu mientras no perdona, no puede salir de la atmósfera que él mismo se fabrica.

* * *

Después de esa videncia, que éste es su verdadero nombre, me pareció quedar más tranquila y le dije al espíritu que me acompañaba:

—Ya soy más valiente; ya puedo verlo todo; ya me puedes acompañar adonde se encuentra él, y yo le pediré perdón.

Así lo hicimos. Las dos mujeres emprendimos el camino, y al cabo de un rato nos encontramos con él. Yo le saludé de nuevo y le di la mano. Se avergonzó y me dijo:

—¿Quién le ha dicho a usted que estaba aquí?

—Yo —respondió mi acompañante—: yo, que amo a los dos; yo, que quiero que hagáis las paces y olvidéis la historia del pasado; yo, que quiero que en vuestros corazones reine el verdadero amor.

Al oír estas palabras, sin esperar respuesta, me lancé en los brazos del ex presidiario diciéndole:

—Ya sé cuánto te debo y te he hecho sufrir; ya sé que yo he sido para ti el peor de los hombres; pero, mírame, y comprenderás ahora lo mucho que he cambiado; olvidemos todo aquello que pasó y así podremos hacer un nuevo pacto y te devolveré con creces el amor que un día te robé. Ahora ya no somos el hombre y la mujer; ahora somos dos seres que queremos redimirnos ha-

ciendo el bien. Y si tú quieres lo conseguiremos en el espacio de una existencia: yo amándote como saben amar las madres, y tú correspondiéndome como un buen hijo; y así obtendremos una nueva era de paz y amor, que nos abrirá el camino de la felicidad.

Aquel pobre espíritu no sabía qué contestarme. Estaba como atontado. Aun la sombra le sigue, y mi lenguaje no le era comprensible. Quiso huir, pero me interpuse y le dije:

—No te irás. Yo puedo más que tú, y puedo más, porque comprendo mejor las leyes y te he sabido perdonar. Dame tu brazo y acompáñame, que no quiero verte entre sombras y odios. No quiero verte en la situación en que estás. Si en la tierra supiste romper las cadenas del mal, por la influencia de mis escritos, ahora las romperás mejor, por la influencia de mi amor. Sígueme, y verás las maravillas que encierra la Creación; porque tú, pobre espíritu, sólo te has entretenido en el *espacio* buscando la historia de nuestro *ayer*. No es eso lo que debe hacer tu espíritu; si no estás en condiciones de perdonar, no debes saberlo. Sígueme y déjate guiar por mí.

Y tanto le rogué, que al fin se dejó arrastrar por mí, y al encontrarse frente al *sol* de la *verdad*, vino a sus ojos un raudal de lágrimas. No me opuse a su llanto, y después de verter lágrimas de arrepentimiento y perdón, se quedó más confortado y tranquilo.

—Y ahora —le dije—, ¿ves el panorama más

hermoso? ¿Ves las flores más bellas? ¿Ya puedes contemplar con tranquilidad las bellezas de lo infinito? ¿No es verdad que ignorabas que todo esto existiera? ¿No es verdad que creías que aquel recinto en que vivías era todo lo que guardaba Dios para sus hijos? ¿Ves cómo el tiempo se encarga de hacer cumplir lo que se promete! Si tú hubieras comprendido en aquella época en que yo te hice enloquecer de amor, que el tiempo se encargaría de hacerme cumplir lo prometido, no habrías abrigado en tu pecho la venganza y serías un alma generosa y ávida de conocimientos intelectuales. Ven conmigo y sígueme con confianza, que no te pesará. Quiero darte de mi trabajo lo que te corresponde, pues deseo recuperar aquel tiempo perdido en que lastimosamente jugué con tu amor. Sígueme. —¡No puedo!, me contestó—. Sí, puedes, le repliqué, porque has llorado, y éste es el rocío benéfico que regenerará tu alma. Por mi influencia moral sobre ti comenzaste en la tierra a regenerarte, y esta obra está empezada y tengo que concluirla para cumplir en absoluto con mi sagrado deber.

Por fin se convenció y salimos de aquellos lugares. ¡Hermoso trabajo es para el espíritu saber hacer que el odio se trueque en amor! Yo ya no era pequeña. Yo ya, por mis virtudes, sabía transformar en amor el odio.

Se presentaron nuestros *guías* para ayudarnos, y el de mi amigo, acercándose, me dijo:

—Es muy difícil el trabajo que piensas rea-

lizar; pero como a los espíritus nada les es imposible, ¡ánimo! y adelante!

Sufrimos un momento de turbación mi compañero y yo; y de repente, como impulsados por una fuerza desconocida, nos encontramos en aquellos lares en que, en tiempos remotos, nos habíamos conocido.

—Ahora —le dije a mi compañero—, descansa. Pide fuerzas a Dios y valor para que puedas resistir, con sereno ánimo los sucesos del *pasado*, de que volveremos a ser los autores.

¡Qué trabajo más improbo es el de despertar un alma! Pero a mí me tocaba hacerlo, puesto que yo había sido la causante de las tribulaciones de ese espíritu. Yo había encendido el fuego, y yo misma tenía que apagarlo.

Me encontraba animosa, fuerte, y pedí a Dios me ayudara y me concediera alientos para proseguir en mi obra. Ahora iba a conocer la verdadera *historia* que guardaban nuestros espíritus. Iban a volver a reproducirse los primeros encuentros entre mi compañero y yo...

El panorama que presenciaba anteriormente desapareció de mi vista. Sentí una gran conmoción en todo mi sér y me encontré transformada con la envoltura carnal de un hombre. Ante mis ojos se alzaba un soberbio edificio de gran riqueza arquitectónica. Sentí una gran curiosidad y un gran deseo de penetrar en aquel palacio; pero al mismo tiempo una repugnancia instintiva me re-

pelía. Salió a la puerta una hermosísima joven, que, al verme, sintió una gran impresión. Quise escapar; pero la joven interponiéndose a mi huída, me invitó a entrar; y a la verdad, no me hice rogar mucho. Penetramos en el edificio, y entonces sentí una tristeza indefinible, porque comprendí, por las miradas y el cariño que me demostraba aquella mujer, que estaba enamorada de mí. Y, yo no podía corresponderla, porque mi amor ya estaba comprometido. Pero ¿qué hacer? Adelante, pensé, y sea lo que Dios quiera. Era hombre de valor, y los obstáculos no me arredraban. Le pregunté el porqué de su amabilidad. Y no se hizo esperar, demostrándome francamente su amor. Me sentí orgulloso por esta conquista y decidí seguir el juego; pensando que ya me evadiría más adelante de este compromiso. Pero no fué así. Quise salir fuera del edificio y ella me lo impidió, diciéndome:

—No; no quiero que salgas, porque una vez fuera, seguramente no volverías más.

Su genio perspicaz leía en mi corazón y comprendía mis intenciones cuáles eran. Renuncié por el pronto a salir, esperando mejor ocasión que me permitiera salir y escaparme de los brazos de aquella mujer que no quería. Estaba continuamente vigilando y mis pasos eran espiados con escrupulosa exactitud. Perdía ya las esperanzas de salir de aquella suntuosa morada, cuando me asaltó la idea de que con halagos y cariños

fingidos, podía ganarme la absoluta confianza de ella, y así poder libremente yo obrar y realizar mi plan de escaparme en cuanto se me presentara la ocasión. Así fué. Logré hacerme dueño de su corazón y de su confianza.

Un día en que más amartelados estábamos haciéndonos mil promesas de amor, le sugerí la idea de dar un largo paseo para contemplar de cerca las bellezas naturales que contenía el hermoso panorama que se extendía ante nuestra vista.

—Te hago presente que es muy peligroso, me advirtió, retirarnos a una distancia algo regular de la casa, pues seríamos perdidos irremisiblemente.

Me hizo mil reflexiones por el estilo para evitar que saliéramos a dar nuestro largo paseo. Pero tanto le insistí, que al fin se decidió a complacerme. Acordamos para el día siguiente la excursión. Me preparé y salí dispuesto a abandonarla. Caminamos un largo trecho y al encontrarme lejos de la casa respiré con satisfacción y me vi salvado del lazo que me unía a aquella mujer. Cuando anduvimos unas horas más me me dijo:—Ya no podemos pasar de aquí; correríamos gran peligro. Pero yo fui tan miserable que le repuse:—¡Adelante, adelante, si es que me quieres! Y ella, para probarme su amor, no titubeó. Y cuando comprendí que nuestra situación, por lo internados que estábamos en tierra extraña, era peligrosa, la abandoné, y pude ponerme a salvo, no sin grandes apuros.

Ella se perdió y pereció en aquellos intrincados laberintos. Yo no volví a acordarme más de ella y me fuí a mi tierra en busca de la dueña de mi corazón. Pero todo en esta existencia me salía mal; y al poco tiempo de unirme a la mujer que adoraba, me quedé solo, pues murió. Yo no sabía a qué atribuir tanta desgracia. No tenía un momento de paz y reposo. Alguna vez me acordaba con remordimiento de aquella desdichada a quien abandoné. Sufriendo y llorando llegó el momento en que lancé el último suspiro y abandoné la carnal envoltura. Al *despertar* me encontré frente a aquellas dos mujeres: la una, dándome todo su amor; la otra, toda su maldición. Estuvimos largo tiempo en el espacio, sin que mis ruegos ni los de mi compañera pudieran calmar el odio de aquel espíritu.

Volvimos otra vez los tres a la tierra. Cuando volví a encontrar a mi enemiga, yo, algo regenerado y arrepentido de mi odiosa traición pasada, quise hacer las paces con ella; la perdoné. Y eso que el daño que ella me hizo en esta existencia, fué superior al mío. Se hizo mi calumniadora, y procuró perderme de la peor manera posible. Pero yo siempre la perdonaba, y le ofrecía mi amor del alma. ¡Cuánto trabajé para poder reunirme con este espíritu al volver al espacio! ¡Qué sorpresa recibe el espíritu cuando se encuentra a su víctima que le tiende la mano y le dice: «Sí, soy yo, que te perdono y te quiero redimir»!

Aquel sér huía de mí como de un apestado; pero yo tenía más ligereza, y le salía al encuentro y le ofrecía mi amor.

En esto, vino al espacio aquel espíritu que había sido mi compañera en la tierra, y con quien tanto nos queríamos. Y reunidos los tres, se nos apareció la figura majestuosa del guía de aquella mujer, y dirigiéndose a mí, me dijo: — A ti se te ha encomendado el trabajo de despertar a esa alma: eres el único que puede hacerla comprender la razón; y si la abandonas, tardará muchos siglos en ver la luz de la verdad. — Lo haré — respondí. Y, mirando a mi compañera, le dije: — ¿No es verdad que tú me ayudarás? — Sí — me respondió —; seré tu principal auxiliar en la tierra. Y convinimos los dos en trabajar por aquel espíritu que me había odiado tanto.

Y así volvimos a esta existencia en que todos me habéis conocido. Yo fui el pensamiento y ella la acción que se empeñó en que fueran admitidos mis artículos allí donde era casi imposible que fueran recibidos. Si no hubiera sido por el amor de este espíritu, no hubiera podido realizar el trabajo que prometí hacer en el espacio. Ella se empeñó en que mis artículos fueran a parar a manos del presidiario, y le hablaba con tanta dulzura, que aquel pobre espíritu se aferró a ellos como a una tabla salvadora que le ofrecía nuevos y bellos horizontes. Ya empezaba a *sentir*, ya empezaba a estar cansado de llevar una vida

de odio e infortunio. Y mis sentimentales artificios fueron un rocío bendito que recibía su alma atribulada. Y yo, sin darme cuenta, me inspiraba para que aquel espíritu despertara y vislumbalara en la vida un cielo placentero, sereno y risueño. Y despertó de verdad. Si no hubiera sido por mi perdón, ¡cuánto le tocaría aún sufrir! Pero ya no sufre. Ya está regenerado. Ya nos hemos dado ese beso de amor que se dan las almas cuando se comprenden y perdonan.

Ahora nos toca a los dos trabajar unidos. Ahora mutuamente nos aconsejamos para que el día que nos volvamos a encontrar en la tierra, sea día de luz para ambos. Ya no arrastrará más cadenas; ya no será más homicida; ya no buscará lo ajeno; ya no será una nota discordante en la sociedad; ya no será el sér repulsivo de la última existencia. Ya no huye de mí; ya busca la inspiración de mi espíritu y no me ama con *pasión*, sino como se ama dulcemente a una madre. ¡Qué bueno es ser bueno! Si yo no le hubiera perdonado, ¿qué sería de nosotros? Yo aun no tendría *luz* y no hubiera podido iluminar su inteligencia. ¡Qué hermosa es la *ley* del perdón! ¡Qué hermoso es comprender que todo cuanto nos sucede tiene su *ayer*! Por eso, cuando vi al presidiario por primera vez, no pude menos que sentir repulsión. Yo creía que era su fealdad y en realidad era que mi espíritu traslucía nuestra *historia*.

Ahora bien; si aun no nos amamos de *verdad*,

nos comprendemos y toleramos; y *mañana*, por la ley de reencarnación, llegaremos en la tierra a amarnos en *espíritu*.

¡Qué hermoso eres, Espiritismo! ¡Qué grande tu enseñanza! Si yo no te hubiera encontrado en mi camino, otra hubiera sido mi orientación, y no podría haber progresado tan fácilmente, porque mi espíritu aun guardaba el orgullo, y por el Espiritismo me reconocí que era el pordiosero de los siglos, y me decía: «¿De qué tienes orgullo? Cuando leas tu historia, te avergonzarás de lo que has sido.» Pero hoy no me avergüenzo, y estoy satisfecha de haber encontrado en la tierra almas a quienes *debía*, y que me *debían*. Y por este hermoso *faro* he reconocido la verdad y he podido iluminar las inteligencias de seres desgraciados. ¡Gracias, Padre mío! Cuando esté identificada la humanidad con la divina grandiosidad que el Espiritismo representa, una luz potente brotará, alumbrando nuestro camino, para que no caigamos en los senderos del mal.

Mi más puro deseo es que os sirva de experiencia esta sencilla historia, para que comprendáis y os convenzáis de que todo tiene relación con nuestro *ayer*. Siempre que veáis un ser muy desgraciado, tenedle compasión, pues no sabéis si de su desgracia sois vosotros los autores.

Así lo hice yo con el presidiario: no sólo le tuve compasión, sino que llegó a inspirarme ardiente simpatía. Si un *día* le engañé, más tarde,

por el faro de la verdad y la luz, le he hecho dichoso. «No hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla.» Y yo en mi última existencia pagué una deuda atrasada, y, en cambio, contraje un cariño más. Adiós.



SALVADOR SELLES

Dice un adagio vulgar que **la Catedral no necesita adornos**, y en verdad que el refranejo encierra gran enseñanza; porque, indudablemente, a todo aquello que es grande, le basta su propia grandeza para figurar en primera línea, sea en el orden que fuere. Por amistoso encargo tengo que ocuparme del primer poeta del Espiritismo en España, de Salvador Sellés, y a la verdad que me encuentro perpleja por no saber qué decir.

Por mucho que digamos del Sol, que fecundiza la tierra, que da vida y calor a todo cuanto existe, que sin sus rayos **viviríamos sin vivir**, que sin su benéfica influencia este mundo sería un tenebroso abismo, ¿diremos nunca bastante para pintar su maravillosa grandeza y su espléndida hermosura? No, seguramente; cuanto digamos será pálido, insuficiente, un montón de palabras más

Consejos de ultratumba—7

o (menos) bonitas. El Sol, con sus espléndidas auro-
ras y sus ocasos encantadores, con su alegría, con
su vida, con su calor, con su fecundidad, es supe-
rior a todas nuestras alabanzas. Pues esto mismo
me acontece al pensar en Salvador Sellés: le creo
el Sol de la poesía espiritista, y cuanto yo pueda
decir de sus méritos, de sus relevantes cualidades,
de su imaginación maravillosa, del osado vuelo
de su espíritu que se eleva y se pierde en las
inmensidades de los cielos, poeta genuinamente
espiritista, que no hay otro como él, que él solo
se mantiene siempre más allá de nuestro pobre
mundo..., ¿qué he de decir yo, que aumente en
un adarme su incalculable valer? Sería lo mismo
que unir a las preciadas perlas del Oriente las
perlas falsas de nuestros industriales en bisutería,
y al oro más fino de Ofir, un poco de oropel.

Se cuenta que a Napoleón I le convidaron a
comer (no sé en dónde) y, al colocarle en la ca-
becera de la mesa, le dijeron: «—Vos debéis ocu-
par la presidencia.» Y Napoleón contestó, sonrien-
do: «—En cualquier lugar que me sienta, allí es-
tará la presidencia.» Esto mismo podría decir Sel-
lés, si no tuviera el **defecto** de su excesiva mo-
destia.

Mientras quede en este mundo alguien que ha-
ble la lengua de Cervantes, y alguien que se ocu-
pe del Espiritismo en España, la figura de Sal-
vador Sellés se levantará erguida entre los es-
piritistas; porque él, y sólo él, ha sabido elevarse
sobre las miserias humanas y ha sido el explora-

dor del infinito. Dígalo, si no, su poema **El Temblor de Tierra**, donde no se sabe qué admirar más: si la forma, o el fondo. En él todo es bello, todo grande, todo sublime; es un canto a Dios, tan dulce, tan armonioso, tan lleno de amor, de ese amor que sienten las almas iluminadas por la divina inspiración, que cuanto se diga en su elogio es poco, y hay que repetir el adagio popular: **La Catedral no necesita adornos.**

Entre los espiritistas españoles, Salvador Sellés figura en primera línea; no hay más que pronunciar su nombre y todos dicen: — ¡Ah! Ese es el cantor del Espiritismo; es nuestro poeta, ¡no hay otro como él!

Y es verdad que no le hay: él es genuinamente poeta; el fuego sagrado de su inspiración no se amortigua con el hielo de los números que de continuo está trazando Salvador Sellés, como empleado en la oficina de tracción en la estación férrea de Atocha. Allí consume los días de su existencia, el poeta que, en otro país que no fuera España, viviría en un lugar apropiado a sus gustos y a sus aspiraciones, enriqueciendo la literatura espiritista, ensanchando sus conocimientos y siendo útil a su patria; pero en España sólo viven a sus anchas los toreros y los príncipes de la Iglesia.

Salvador Sellés es una gloria española y el cantor inmortal del Espiritismo. Nadie ha escrito como él; sus cantos se diferencian de las demás poesías espiritistas, como se diferencia la aurora

del ocaso. Salvador Sellés no tiene alma gemela; es el poeta del Espiritismo. Hace muchos años que le admiro y le quiero, y le considero como una gloria española y como el mejor cantor del Espiritismo.



MEDITACION

I

¡Hermosa juventud! ¡Luz y armonía!

¡Destello celestial!

¿Por qué tan breves son tus dulces horas?

¿Por qué te vas?

¿Por qué tus sueños de ilusión y amores,
los viene a disipar

el desencanto de la edad madura?

!!! Qué triste *edad!!!*

¿Por qué tus goces pasan como el humo?

¿Por qué la humanidad

corre en pos de un fantasma que se llama
felicidad?

No conocen que es vana su porfía;

pues, ¿cómo han de encontrar

en lontananza el bien que ellos soñaron,
si lo dejan atrás?

Gloria, honores, renombre
de la posteridad...,
¡ay!, no son más que amargas irrisiones
de la felicidad.
Cuando el hombre despierta y ve tan sólo
la triste realidad,
recordando su hermosa primavera,
tiene que suspirar.
(Juventud es tesoro inapreciable,
aurora boreal,
que ilumina un momento nuestra vida,
para no volver más.)
Después de esta existencia transitoria,
dicen que hay algo más;
tal vez hallemos nuestra fe perdida,
allá en la eternidad.
¡Hermosa juventud...! ¡Bendita seas!
¡Iris de amor y paz...!
De mí te alejas; y al perderte exclamo:
¿Por qué te vas...?
¿Qué vale la existencia sin tus galas,
reflejo celestial?
Tú iluminas la noche de la vida...
un momento no más.
Sueños, delirios, ilusión y amores:
¡huíd...!, ¡volad...!
Auras de mi perdida primavera:
¡pasad...!, ¡pasad...!

II

¡Qué terrible ansiedad va destruyendo
mi lánguida existencia, madre mía!
¡Qué interminables son mis tristes noches...!
¡Nunca se acaban mis cansados días!

Sueño que un sér me espera, y presurosa
voy en pos de mi loca fantasía...
Y cuando llego al punto deseado,
no hay nadie que me dé la bienvenida;

y sin embargo voy, siempre anhelante,
sin cesar en mi afán y mi fatiga,
sin saber si es que busco un imposible
o si es que voy huyendo de mí misma.

Todo me causa tan profundo hastío...
que a veces digo: Mi razón delira;
o el mundo es demasiado miserable,
o es que le miro yo tras negro prisma...

.

¡Fatalidad terrible me persigue,
o soy cual delicada sensitiva,
que repliega sus hojas, lastimada,
al sentir el halago de la brisa...!

Pero no es ilusión; mi desventura
aun antes de nacer me perseguía:
yo no tuve el abrazo de mi padre;
yo no vine a alegrar a una familia.

Yo vine a completar un infortunio
y hacerte sufrir mucho, ¡madre mía!
Luchaste, denonada, con mi suerte;
fuiste mi salvación, fuiste mi egida;

te consagraste sólo a mi cariño
y el mundo, para ti, fué mi sonrisa.
Te arrebató la muerte y quedé sola,
sola con mi dolor y mi desdicha,

y entregada al pesar de mis recuerdos
pasé las horas de mi pobre vida.
Quise encontrar en el amor consuelo,
y fué inútil mi afán y mi porfía,

pues sólo hallé fatales desengaños.
¡Qué desgraciada he sido, madre mía...!
¡Oh! ¡Qué triste es vivir! Me causa miedo
el pensar en el resto de mi vida.

Si he sufrido en la edad de los placeres
cuando la juventud me sonreía...
¿cómo podré pasar los largos años
en que sólo se encuentran las cenizas

de hogueras consumidas por el tiempo...?
Anciana, sola y triste.. ¡qué agonía
tan lenta y tan horrible, Dios clemente!
Muévate a compasión mi pobre vida,

de que duerma el sueño de la muerte
(sueño que hace olvidar a los que olvidan).
A nadie le hace falta mi existencia:
nadie vive feliz con mi sonrisa...

¡Son tantos, ¡ay!, los seres desgraciados,
desheredados de la gran familia,
que nacen sin que nadie los acoja
y mueren sin que nadie los bendiga...!

Son mustios sauces que jamás se alzaron,
flores que antes de abrir fueron marchitas,
ecos que en el espacio se confunden
antes de dar al mundo su armonía.

(En ese mundo triste y solitario
voy pasando los años de mi vida...)

Yo siento que en mi mente hay algo grande,
que un eco extraño en mis sentidos vibra.

¿Soñaré con planetas más lucientes...?
¿Recordaré otro sol de luz más viva...?
No sé lo que será, ¡mas yo no vivo
cual viven los demás! En mí suspira

un dolor tan inmenso y tan profundo,
que en todo encuentro yo melancolía.
Del bullicio, me ofende su ruido;
del silencio, su calma me fatiga;

de la sombra, me asusta su misterio;
de la luz el reflejo me lastima.
¿En dónde detendré mi débil planta,
que no encuentre de zarzas las espinas...?

Únicamente en la desierta tumba
(porque allí me separo de mí misma)
sucumbe la materia inanimada,
vuelve el alma a su patria primitiva;

y aunque sólo en la nada se termine
el afán y la lucha de la vida...,
dulce es dormir el sueño de los sueños:
donde no hay sensación, no hay agonía.

III

¿No es verdad que hay momentos en la vida en que todo nos habla a los sentidos...?

La brisa que murmura en la enramada,
de enamorada tórtola el gemido,

los celajes de púrpura y de oro,

el fulgor del lucero vespertino,

la bruma que corona la montaña,

las argentadas márgenes del río;

todo nos cuenta misteriosa historia,
en todo vemos el ayer perdido.

De nuestros ojos brota dulce llanto,

el corazón aumenta sus latidos

y el alma busca con afán inmenso

un átomo, siquiera, de cariño.

Sufrimiento de muchos ignorado,

deleite de muy pocos comprendido,

son esas horas en que el alma sueña

con un mundo de goces infinitos;

esos instantes pasan como el humo,

dejan en nuestro sér algo escondido:

una dulce ansiedad que se evapora

cuando no encuentra quién le preste abrigo,

y se vuelve a la vida de la prosa

exhalando tristísimo suspiro.

¿Por qué se alejan tan hermosas horas?

¿Por qué cuando dos seres se han unido

por inmensa y profunda simpatía,
los separa inclemente su destino?
Es tan triste vivir aprisionado
entre la indiferencia y el desvío,
que se parece entonces la existencia,
del desgraciado Tántalo el martirio.
Por eso guarda la memoria mía
esos breves momentos que he vivido
exhalando una queja lastimera
que repitió otra vez en el vacío...

.

Dios nos manda vivir: vivir debemos,
si es que es vivir el infernal ruido
de ese clamor que elevan los mortales,
de risas y lamentos confundidos,
hasta exhalar obscuro y olvidado
eso que llaman postrimer suspiro.



DELIRIO

(INEDITA)

¡Sombra maldita, que en mi camino
te apareciste para mi mal!

¿Por qué turbaste mi triste sueño?

¡Más me valiera no despertar!

Tú me recuerdas de mi pasado
las breves horas de amor y paz,
y al compararlas con mi presente
tienen mis labios que suspirar...

.....
Rayo de luna, noche de estío,
brisa templada primaveral;
valle florido de Andalucía,
grato perfume del azahar;
cielo brillante de nieve y rosa,
aves que amores cantando van...
(En torbellino, mi débil mente,
en lontananza las ve pasar...)
Notas perdidas en el vacío;

hojas marchitas, que el vendaval
en raudo giro las arrebató
y no sabemos a dónde van;
hasta que un eco, una sonrisa,
eso que llaman *casualidad*,
toca en la fibra de los recuerdos
y nuestros ojos miran atrás;
y entonces vemos pasar muy lejos
nuestra perdida felicidad,
que simbolizan ecos y flores,
luz y armonía, algo ideal:
mundo risueño que todos vemos
y que ninguno sabe copiar;
rico tesoro, joya sin precio
que juega y pierde la humanidad,
en esos sueños que el mundo es poco
para servirnos de pedestal.
Edad dichosa en que miramos
sereno el cielo, tranquilo el mar;
y aves y flores, brisas y aromas,
todo nos dice: Vivid y amad.
En ese tiempo fuí venturosa:
el magnetismo me hizo soñar,
y vi otros mundos y otras regiones,
donde era eterna la claridad.
Allí las almas apasionadas,
amor brindaban inmaterial.
¡Ay...! ¡Quién pudiera, tan sólo un día...,
uno siquiera, volver atrás!
¡Es imposible...! Siempre adelante
va caminando la humanidad,

y del pasado, tan sólo quedan
reminiscencias que hacen llorar...

.

¡Sombra o fantasma...! ¡Visión informe...!
¿Te ve mi mente, o en realidad,
sigues mi huella, y es tu destino
mi pobre vida martirizar?
Antes de verte, feliz vivía:
era mi mundo mi soledad,
y ni un recuerdo, ni una esperanza
mi dulce sueño iba a turbar;
te vi un momento, y en mi memoria
tu amada imagen impresa está,
y mi pasado y mi presente
hoy se confunden: ¡Fatalidad...!
Sólo en mi mente viven unidos,
porque en el mundo lejos están,
pero tan lejos, que los separa...
tiemblo al pensarlo: ¡La eternidad!
Sombra maldita: ¿Por qué te he visto?
¿Por qué tu acento llegué a escuchar?
¿Por qué en mi sueño sigo tu huella
y no hay consuelo para mi mal?
Harto he sufrido; déjame sola,
para que pueda morir en paz...

.

Un eco extraño vibra en mi oído:
es la campana; llama a rezar...
Se tiñe el cielo de azul y rosa,
difunde el alba su claridad...

Pasó la fiebre, pasó el delirio
quedando sólo débil afán
y una profunda melancolía,
de un triste sueño, la vaguedad:
algo indeciso, algo sin nombre,
pues no lo tienen en realidad
esos momentos que confundimos
ayer y hoy y el más allá.



DIALOGO

ANTONIO. ¿A dónde vas tan temprano?

PILAR. Porque me ha dicho el vicario
que a la Virgen del Rosario
le han descompuesto una mano:
que tiene el *Niño perdido*,
que hay en la Iglesia de arriba,
el vestido hecho una criba,
por los ratones raído.
Y como soy camarera
de la Virgen y del Niño,
quiere que de mi cariño
les dé una prueba sincera.
Que a la Virgen la componga,
que al Niño le haga un vestido,
y que haga mucho ruido
la fiesta que yo disponga.
Por eso en hora temprana
me ves en la calle hoy,

Consejos de ultratumba'—8

y te juro por quien soy
que no esperaré a mañana.
Para disponerlo todo,
habrá música, cantores,
mucho incienso, muchas flores:
¡ya me arreglaré a mi modo!

ANTONIO. ¿Todo eso piensas hacer?

PILAR. Así lo manda el vicario
y lo creo muy necesario.
de escayola o de madera

ANTONIO. Pues mira, es mucho creer
eso de vestir figuras
o de barnizada cera,
habiendo tantas criaturas
que son de carne y de hueso
y que se mueren de frío.
¿Crees que es justo eso?

PILAR. ¡Ay, Dios mío!
yo nunca he pensado en eso;
hago lo que el confesor
me manda, y punto redondo.

ANTONIO. Pues hay que pensar más hondo.

PILAR. ¿Para caer en el error?
¡Ay, no, no! ¡Guárdeme el cielo!
Ya piensa el cura por mí;
y tengo el espejo en ti,
que estás en continuo anhelo,
pensando si hay salvación,
si es necesario el progreso.
¡Ay, si yo pensara en eso!,
¡qué angustia, qué confusión!

ANTONIO. Pues yo te he de hacer pensar
y te he de hacer discernir,
y te he de hacer discurrir
y te he de hacer avanzar.
Porque no tienes mal fondo,
y es justo que veas claro
y que no tengas reparo
en reflexionar más hondo.
Ve a la Inclusa, donde están
muchos niños desvalidos,
y a tantos niños perdidos
míralos con tierno afán.
Contémpalos, tristes, mudos,
que de amor están hambrientos
y de cariño sedientos
y de alma y cuerpo desnudos.
Deja a los santos de yeso,
que éstos nada necesitan:
busca niños que palpitan
y que te piden un beso.
Deja fiestas religiosas,
busca pobres vergonzantes
y aprovecha los instantes
en mil prácticas piadosas.
Visita a los infelices
que están en los hospitales...

PILAR. ¿Y si recojo sus males?

ANTONIO. No sabes lo que te dices;
haz el bien por el bien mismo
y el bien en ti encontrarás.

PILAR. Razón, sin duda, tendrás.

ANTONIO. La tengo, mas tu egoísmo
la verdad te impide ver
que presento ante tu mente;
no importa, constantemente
te diré: *Mira, mujer.*
Y aunque a tu gusto no cuadre,
te haré entrar por buen camino.

PILAR. ¡Pero, y mi Padre divino...!

ANTONIO. Calla, que no hay más que un Padre.
Uno sólo, un solo Dios,
al que debemos amar
y sus leyes practicar,
yendo del progreso en pos.
Ve, y a niños desvalidos
que sufren combates rudos,
por la miseria vencidos,
vístelos. Deja a los mudos.
¡Hay tantos *niños perdidos!*
¡Qué grande es esto! ¿Verdad?
Salir de la obscuridad,
rasgando el negro capuz.
¡Vivir en la inmensidad!
¡Bendita sea la luz!

PILAR. Convencida me has dejado.
No salgo de mi embeleso;
déjame que te dé un beso
por el bien que me has causado.

(*Se besan.*)



PLEGARIA A DIOS

¡ Vivir sin luz! ¡ Sin contemplar del cielo
sus celajes y tintas purpúrnas...!
¡ Sin ver las aves en su raudo vuelo,
ni los rayos del sol en las colinas!

¡ Ni esos prados cubiertos de verdura,
que esmaltan bellas y aromadas flores!
¡ Vivir sin contemplar de la natura
los encantos, las galas y colores...!

¿ Es expiación tal vez? ¿ Es anatema
que el destino dejó sobre mi frente?
¿ Por qué este llanto, que mis ojos quema...?
¿ Qué culpa he cometido, Dios clemente...?

.....

Dos amores llenaron mi existencia:
en los primeros años de mi vida,
adoré del Señor la omnipotencia,
y amé a mi madre por mi mal perdida.

Catorce abriles con sus bellas flores,
amantes me brindaron su fragancia;
la hermosa juventud me brindó amores,
y vi desaparecer mi casta infancia.

Un amor grande, sin rival, profundo,
hizo latir mi corazón amante.

¡Qué hermoso entonces contemplaba al
[mundo...!

¡Sueño divino que duró un instante!

Sueño de amor, de juventud y gloria;
quimera de placer, sombra querida:

¡Tú siempre vivirás en mi memoria...!

¡Tú el recuerdo más puro de mi vida...!

La dicha humana, tras de largos años,
por decreto infalible se derrumba;
hoy me quedan funestos desengaños
y de mi madre la modesta tumba.

Hoja marchita que en los aires floía,
anhelante y cansado peregrino;
de un arpa de dolor perdida nota,
sin encontrar un eco en mi camino.

Pero hallaba un consuelo a mis dolores
contemplando las nubes purpurinas;
de los vergeles las pintadas flores,
y los rayos del sol en las colinas.

Me consolaba cuando muere el día
elevant hasta Dios tristes querellas,
y extasiaba mi pobre fantasía
el pálido fulgor de las estrellas.

Pero, ¡ay de mí!, que lágrimas de fuego,
van quemando implacables mi pupila...
No hay en mis labios ya ferviente ruego:
¿Y cómo haber?, si mi razón vacila;

si, cuando miro el sol resplandeciente,
y pienso que su lumbre esplendorosa
alguna vez abrasará mi frente
y no podré yo ver su luz hermosa...

es dardo emponzoñado que me hiere,
y que me causa tan profunda herida...
que mi razón, mi pensamiento muere
ante esa eterna noche de la vida.

¡Vivir sin luz...! ¡Horrible pensamiento...
donde toda esperanza se derrumba!
No hay tormento que iguale a ese tormento,
con esa eterna noche de la tumba.

¡Piedad, Señor! Tu compasión imploro.
Yo no puedo sufrir esta agonía.
Si mis ojos se queman con mi lloro,
¿quién a mis pasos servirá de guía?

Llanto de fuego mis pupilas quema,
¡Calma, Señor, tus iras..., tus enojos...!
¡Y en tu clemencia, en tu piedad suprema,
deja un rayo de luz para mis ojos!



UN RECUERDO

Ante la estatua de Carlos I de España y V
de Alemania

¡Cuánto anhelaba contemplar tu frente;
porque en mi pensamiento te veía
con tu gentil y altivo continente,
con tu pujante y noble bizarría,

luchando en la llanura, en la montaña,
envuelto en fuego, en sangre y humo denso;
derramando una luz viva y extraña
de tu inmensa ambición el foco inmenso!

Cual te vió mi entusiasta fantasía,
tu imagen encontré noble y severa,
diciendo de tus ojos la osadía:
«¿Quién podrá detenerme en mi carrera...?»

Quiero que el orbe a mi poder sucumba,
y si no logro conseguir mi intento...,
encerraré en el hielo de mi tumba
la creación de mi ardiente pensamiento.»

Esto revela tu orgullosa frente
do se ve tu grandeza retratada;
y parece decir tu continente:
«Yo quiero de la vida, o todo, o nada.»

Yo saludo al artista que inspirado
supo dar a tu vida nueva vida.
¡Cuánto recuerdo allí se ha despertado
en mi mente febril y dolorida;

viniendo a resonar hasta mi oído,
de las marchas triunfales la armonía,
y, a sus vibrantes ecos confundido,
el salmo general de la agonía!

De un palacio mi mente a ver alcanza
las pompas, las intrigas, el misterio;
y flotando diviso en lontananza
las torres de imponente monasterio.

Mansión de santa paz, do está grabada
una inscripción que dice: «Tierra..., tierra...
Tu vanidad, tu orgullo, es polvo..., nada:
sólo en la tumba la verdad se encierra.»

Y, a través del confuso laberinto,
tronos, cetros, palacios y otra gente,
la púrpura imperial de Carlos Quinto,
y el humilde sayal del penitente.

.

Todo pasó.. Pasaron tus legiones:
esas sombras homéricas huyeron.
De tus hechos las grandes concepciones
en la noche del tiempo se perdieron.



EL POETA

Es un destello sagrado
del gran Sér Omnipotente,
y si ese mundo ha brillado,
es porque luz le ha prestado
el esplendor de su frente.

El, como padre amoroso,
olvida la ingratitud,
y siempre noble y grandioso
muestra al hombre vanidoso
el germen de la virtud.

Va libando el padecer
en su azarosa misión,
porque es el poeta un sér
que al mundo le da placer
llorando su decepción.

Si ese genio no cantara...,
¡pobre mundo!, ¿qué serías?
¿Quién tus hechos consignara,
ni cómo el hombre admirara
la grandeza de otros días?

¡Es tan bella la creación
de su ardiente fantasía...!
¡Hay en él tanta pasión...!
¡Su noble imaginación
encierra tanta hidalguía...!

La tierra es mezquino espacio
para su alma gigante;
mas Dios le guarda un palacio
con pórticos de topacio
y columnas de diamante.

¿Qué importa que aquí su vida
deslice triste y precaria;
fuente en el valle escondida;
ave en el aire perdida,
mustia y débil pasionaria?

¿Qué le importa?, si mañana,
ese tiempo que revela,
le muestra a la especie humana,
de su ciencia soberana,
la luz ígnea de su estela;

y le arranca del olvido
y de aqueste polvo inerte,
y ante su genio rendido
mira al orbe conmovido,
que le disputa a la muerte.

Pero, en cambio de esa gloria...,
¡cuántos tormentos y azares
en su vida transitoria...!
¡Es su ventura ilusoria:
son realidad sus pesares...!

¡Es tan triste vegetar
y verse el genio morir,
y en su impotencia luchar,
y en el combate alcanzar
la victoria de sufrir...!

Ni sus lágrimas de amor,
ni sonrisas de placer,
ni gemidos de dolor,
este mundo engañoso
puede nunca comprender.

Esta tierra maldiciendo,
y el edén ambicionando,
va su vida destruyendo:
por su presente sufriendo;
por su pasado llorando.

Su vista siempre altanera

dirige a la inmensidad;
flor que el pensar fructifera,
siempre solo en su carrera,
¡su mundo es... *La eternidad!*



¡SE FUE...!

Hay algo triste en torno mío,
algo sombrío que me da horror:
sufro, y no puedo decir por qué.
¡Ah! Ya recuerdo: porque él *se fué*.

¿Por qué, olvidando mis desengaños,
sueños extraños van a turbar
historia triste que ya olvidé...?
Será, sin duda, porque él *se fué*.

Y mi pasado y mi presente
confusamente miro ante mí.
¡Sombras queridas que tanto amé...!
Pasad ligeras, porque él *se fué*.

Se perdió el buque entre la espuma;
flotante bruma ya le ocultó;
la noche avanza: nada se ve...
¡Llora, alma mía, porque él *se fué*!

Consejos de ultratumba—9



LA INTELIGENCIA

Por un misterio extraño,
cuando el Omnipotente
nos hizo el gran presente
de legarnos el tacto y suficiencia
de una clara y feliz inteligencia,
hicimos casi omiso
de ese don tan precioso y necesario.
La criatura se alzó con frente airada,
su fuerza muscular teniendo en mucho
y su poder moral teniendo en nada.

Las mujeres cifraron su ventura
en su belleza material, y fueron
avaras de su espléndida hermosura
que a la naturaleza le debieron.
En varias fué su perfección tan pura,
que atónitos los hombres la creyeron
algo más que mujeres; y en su boca
libaron el placer con ansia loca.

En épocas pasadas la *Nobleza*
tuvo en la sociedad gran poderío:
no era entonces el todo la riqueza
si a ésta no estaba unido un *señorio*.
¡Cuánto plebeyo hundido en su bajeza,
hizo brotar a un cuerpo en el vacío,
premiándole el señor a quien servía,
con feudos que le daban hidalguía...!

En ese mismo tiempo se acataron
a los brazos robustos que blandían
la fuerte lanza y la coriante daga,
que a su terrible empuje
legiones y legiones sucumbían;
llegando el entusiasmo a tal altura,
que el extremo alcanzó de la locura.

Aberración fatal, que dió la vida
a ese *Juicio de Dios*, mal entendido:
¡lucha campal, terrible y decidida,
barbarie que los siglos han hundido!
A la fuerza brutal daban la legida,
culpando inexorables al vencido...
¡Sombras de horror y torpe obscurantismo,
¡dormid, dormid por siempre en el abismo!

En tanto, a la sublime inteligencia
los hijos de Jacob culto rendían,
y los descubrimientos de su ciencia
persecuciones sólo les traían.
Las horas de su mísera existencia

en obscuras mazmorras consumían.
¡Edad de hierro, que dejó en la historia
mancha indeleble de sangrienta gloria...!

Como todo en la vida nace y muere,
murieron los mandobles y estocadas,
y el siglo del vapor tan sólo quiere
de los bufos las sabias bufonadas:
el escarnio y la burla los prefriere
a las obras perfectas y acabadas...
¡Dicen que progresamos tanto y cuanto...!
Algo confuso es, pues, nuestro adelanto.

Los poetas en la senda de la vida
siempre encontraron a su paso abrojos:
raza extraña, de pocos comprendida,
a nadie le interesan sus enojos;
tribu errante, de todos perseguida,
voluble y caprichosa en sus antojos;
locos sin jaula, que, al cruzar el mundo,
hacen reír con su dolor profundo.

Nuestra época actual, sin duda alguna,
es contraria en un todo a la poesía:
¡desdichado de aquél que oyó en su cuna,
misteriosa y dulcísima armonía...!
Gracias le puede dar a la fortuna
por el rico presente que le envía;
que es el mayor de todos nuestros males
el escribir renglones desiguales.

Del poeta al coplero
existe tan notable diferencia,
como de roja dalia sin aroma
al nevado jazmín de pura esencia;
pero el vulgo los une, los confunde,
y oye con igual calma
un acento perdido
y el lánguido gemido
que triste exhala en su dolor el alma...

.

Decía Santa Teresa
que de un hombre sin claro entendimiento,
nada bueno esperaba.
¡Oh, la insigne doctora...,
qué bien a los imbéciles juzgaba!

Todo el afán de mi azarosa vida
es vivir rodeada
de seres cuya ciencia me ilumina,
pues los necios no sirven para nada.
He dicho mal; la hiel que hay en sus labios,
destila siempre para hacer agravios.
¡Oh, santa inteligencia,
fecundiza mi débil existencia!
Luminar esplendente:
¡deja un rayo de luz sobre mi frente!



AL MUNDO.

Cuando yo deje, ¡oh, Mundo!, tu valle de amar-
[gura...],
no puedo reclamarte recuerdos de dolor.
Si de ti a mí no existe un lazo de ternura,
¿por qué pedirte amor?

La gran familia humana, se encuentra dividida,
aunque ligarla debe afecto universal;
pero la indiferencia, domina en nuestra vida.
¡Qué germen tan fatal!

Por eso no te pido, ¡oh, Mundo!, en mis pesares,
de tierna simpatía, profunda compasión.
¿Qué pueden importarte la lucha y los azares
que sufre un corazón...?

Un corazón ¿qué vale...? Es gota de rocío;
es hoja que arrebatada la brisa del Abril;
esencia evaporada, perdida en el vacío,
cual flor en el pensil.

menuda arena un grano desaparece,
no perderá por esto el Orbe su sostén.

Por uno más o menos, ¿acaso desfallece
la Tierra en su vaivén?

¿Su rotación eterna detiene...? Ni un instante.
El cielo siempre ostenta prismático arrebol.
La noche siempre tiene su luna fulgurante,
y roja lumbre el Sol.

Cuando te deje, ¡oh, Mundo...! no des a mis
[despojos,
ni cantos, ni plegarias, ni pompa funeral.
Al sér que en esta vida halló tan sólo abrojos,
le basta un erial.

La tierra que me forma, devuélvela a su centro.
Y, al reposar mis restos en su postrer mansión...,
no grabes en el mármol mi nombre; pues yo en-
[cuentro
que es una ostentación.

Te ruego únicamente que cuando el alma mía
tu triste sombra deje por la región de luz,
construyas con cipreses, sobre mi tumba fría...,
una pequeña cruz.



LOS CELOS

Entre los grandes desvelos
y profundos sinsabores,
el dolor de los dolores
es la inquietud de los celos.

Se conturba la razón,
el mundo parece estrecho
y brotan de nuestro pecho
pedazos del corazón.

Cuando el alma dolorida
ve marchitarse las flores
del árbol de sus amores,
¡qué poco vale la vida!

Al perderse en lontananza
eso que llaman creencia,
¿de qué sirve la existencia
sin recuerdos ni esperanza?

Es un tormento vivir,
si la duda nos asalta.
¡Oh! Cuando la fe nos falta...,
es preferible morir.

Es un dolor tan profundo,
que sólo la muerte calma.
¡Para los males del alma
no hay curación en el mundo!



EL DESPERTAR DE UN ESPIRITU

Cuando voló mi espíritu, ¡qué hermoso halló su despertar! Del infinito la belleza admiró, y allí vió escrito de su historia el gran libro misterioso.

Y al leerlo, lloró, lloró, ¡Dios mío!; lloró entregado a sin igual quebranto, hasta que oyó decir: — Seca tu llanto, que ya hizo punto, tu vivir sombrío.

— ¡Borrar!, borrar quisiera, ¡oh, mensajero de augurio celestial, tanta negrura, trocándola en purísima blancura, emblema de un espíritu sincero.

¿Qué he de hacer, qué he de hacer para lo-
[grarlo?

— Proseguir la labor delineada;
que en el mal estuviste encenagada;
pero ya tu virtud, logró ahuyentarlo.

En tiempos te gozaste en la vileza:
sembraste luto, con cinismo impío;
mas, tu alma despertó del desvarío
y decidió esparcir luz y grandeza.

Por eso reencarnaste, ya dispuesta
a luchar y a vencer con heroísmo;
su adalid, te nombró el espiritismo,
y tu obra terminar, sólo te resta.

—¡Voz dulce, voz bendita!, habla, que espero
saber si en adelante haré obra santa.
—La harás, si tu pasado no te espanta:
si de hoy más, tu propósito es sincero.

O la haremos los dos: porque a ti unido,
he de estar en la tierra, Amalia amada;
juntos recorreremos la jornada,
formando del amor el tierno nido.

Y en él los pajaritos inocentes,
que hijos se llaman, cantarán ventura;
que has gustado tú ya, mucha amargura,
y aun están tus angustias muy recientes.

Has trabajado bien y mucho: tu alma
se ha ganado la paz que apetecía;
yo a tu lado estaré, seré tu guía;
del amor obtendremos la alta palma.

Con estímulo santo desharemos
el mal de tus pasadas existencias,

hablaremos de Dios a las conciencias,
y su reino en el mundo implantaremos.

Tú, ya no has de llorar: te has redimido:
has dado mucha luz y gran consuelo.
¡Son almas que levantan su alto vuelo,
aquéllas que han amado y han sufrido!

Por eso hoy ya, atraviesas victoriosa
las puertas de los mundos del saber:
¡No te aqueje el temor; no has de caer!
Un libro te he de dar, y tú, estudiosa,

recorrerás sus páginas, y en ellas,
hallarás la manera de elevarte;
ven hasta mí: comenzaré a iniciarte
en los misterios de las almas bellas.

Y me sentí subir con dulce pausa;
y al ver que me estrechaba un sér radiante:
¿Quién eres tú? —le pregunté, anhelante.
—Soy, el que un día combatió tu causa.

El que después, te ha dado inspiración;
el protector más grande que has tenido;
el que en la tierra te adoró rendido,
y que pide por ti, reencarnación.

Sí, Amalia: reencarnemos, y al momento,
a labrar comencemos nuestro nido;

tú, lumbrera serás, y yo el fluido;
tú, palabra del bien, yo el pensamiento.

Tu obra sublime, has de acabar gloriosa,
arrancando a los pueblos su capuz;
has de dar a los ciegos dicha y luz
por medio de la ciencia esplendorosa.

Has de lograr que el dulce espiritismo
se apodere del mundo y lo enaltezca;
que la injusta crueldad, al fin perezca,
y que del mal se ciegue el negro abismo.

¡¡Valor!!, ¡valor!, ¡y el cometido santo
que has aceptado, a terminar briosa!
Tú ya no has de llorar, alma dichosa,
pues ya has vertido tu postrero llanto.

FIN





INDICE

	<i>Págs.</i>
HISTORIA DE DOS ALMAS.—Primera parte.	5
Segunda parte.	17
HISTORIA DE UN PRESIDARIO.	63
SALVADOR SELLÉS.	97

(POESIAS)

Meditación.	101
Delirio.	109
Diálogo.	113
Plegaria a Dios.	117
Un recuerdo.	121
El Poeta.	125
¡Se fué...!	129
La inteligencia.	131
Al Mundo.	135
Los celos.	137
El despertar de un espíritu.	139



OBRAS DE AMALIA DOMINGO SOLER

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

¡TE PERDONO!

(MEMORIAS DE UN ESPIRITU)

Esta obra consta de dos tomos de 212 páginas cada uno
Precio de la obra completa, 12 ptas. en rústica, y 18 en tela.

RAMOS DE VIOLETA

(Colección de poesías y artículos espiritistas)

Dos tomos de 350 páginas cada uno. Precio de la obra
completa, 8 ptas. en rústica y 12 en tela.

MEMORIAS DEL PADRE GERMAN

Un tomo de 368 páginas, en rústica 4 pesetas y 6 en tela.

SUS MEJORES ESCRITOS

Un tomo de 550 páginas, en rústica 6 ptas. y 9 en tela.

EL ESPIRITISMO

REFUTANDO LOS ERRORES DEL CATOLICISMO ROMANO

Un tomo de 450 páginas, en rústica 5 ptas. y 8 en tela.

MEMORIAS

(OBRA DIVIDIDA EN DOS PARTES)

*La primera contiene lo que escribió en vida. La segunda y
el prólogo que acompaña a la obra, fueron dictados desde
el espacio por ella misma*

Un tomo de 144 páginas, en rústica 2 ptas.

CANTICOS ESCOLARES

Un folleto de 64 páginas, 0'75 pesetas.

RETRATO

Ampliación fotográfica de Amalia Domingo Soler; tirado
sobre cartulina; tamaño 52×70. Un ejemplar, 5 pesetas.

